



Carole Mortimer

Tras el placer

Los hermanos PRINCE

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

TRAS EL PLACER, N.º 67 - julio 2012
Título original: Prince's Pleasure
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-0661-0
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Capítulo 1

POR QUÉ tenía la impresión de que eras un hombre?

Zak se quedó mirando fijamente a la mujer de ojos marrones, oscuros como el chocolate, que estaba en el exterior de la suite.

–No tengo ni idea. ¿Por qué?

Zak frunció el ceño. Sabía quién era el responsable de su error.

–Cosas de mi hermano –respondió.

Ella sonrió con ironía.

–¿Te parezco un hombre?

Zak sacudió la cabeza. Su hermano se había limitado a informarle de que un periodista, llamado Tyler Wood, iba a pasar una semana con él para hacerle una entrevista en exclusiva. Y con su arrogancia habitual, había olvidado añadir que el periodista en cuestión era una mujer tan joven como hermosa.

–No, ni mucho menos –dijo, sin saber si estaba más enfadado con Nik o con aquella preciosidad–. Pero mi hermano tampoco me había comentado que eres estadounidense, lo cual es obvio por tu acento.

Tyler Wood se encogió de hombros.

–Parece que tu hermano es un hombre de pocas palabras.

Zak prefirió morderse la lengua. Odiaba que lo pillaran con el paso cambiado.

La volvió a mirar y pensó que, a pesar de sus pantalones militares, de su camiseta negra y de su cabello corto y oscuro, no había nada en aquella mujer que no fuera profunda y absolutamente femenino.

Además de sus ojos embriagadores, de pestañas largas, tenía labios

generosos, una nariz perfecta y un cuerpo impresionante. Llevaba los pantalones algo caídos sobre las caderas. Y la tela de la camiseta apretaba unos pechos grandes, sin sujetador.

–¿Por qué trabaja una estadounidense para un periódico inglés?

Zak lo preguntó con sincera curiosidad. En los Estados Unidos había tantos periódicos y revistas que, en su opinión, nadie necesitaba tomarse la molestia de cruzar el Atlántico para conseguir un empleo.

Tyler tardó unos segundos en responder.

–Supongo que hago lo mismo que un actor de mi país en Inglaterra… Trabajar, naturalmente. ¿Puedo entrar?

Zak la miró y suspiró.

Sabía que no la podía dejar en el pasillo del hotel, pero todavía se estaba acostumbrando a la idea de que el reportero que lo iba a seguir a todas partes durante una semana entera fuera una mujer.

Cuando su hermano le dijo que tendría que soportar la presencia de un periodista, no se llevó precisamente una alegría. Sin embargo, sus motivos eran buenos. Nik lo había hecho para proteger a Jinx, su flamante esposa, de los medios de comunicación.

Al parecer, Tyler Wood había descubierto la relación de Jinx con el escritor J. I. Watson y se disponía a publicarlo en su periódico; pero tras negociar un poco, Nik logró que renunciara a la historia a cambio de una semana en compañía de Zak, un actor famoso que concedía muy pocas entrevistas.

Por desgracia, Tyler Wood había resultado ser una mujer. Y una mujer extraordinariamente bella.

Lo cual complicaba las cosas.

–Está bien, pasa.

Tyler entró en la suite y se giró hacia él para mirarlo con aquellos ojos de pestañas increíblemente largas. Zak estaba enfadado. Siempre había mantenido una relación sana con los medios de comunicación; pero esa relación sana se basaba en el hecho de que los términos los establecía él y de que jamás se había sentido atraído por un periodista.

Mantener las distancias con Tyler Wood, durante toda una semana, iba a ser bastante más difícil.

–Es curioso… –la periodista ladeó la cabeza y lo observó con interés–. Tenía la impresión de que eras un hombre encantador y despreocupado.

A Zak no le sorprendió su comentario; a fin de cuentas, esa era la

imagen que siempre había querido dar a los medios. Una imagen que también estaría en peligro si pasaba demasiado tiempo con ella.

–Es que son las nueve de la mañana y me acosté a las cuatro. Nadie es encantador en esas condiciones.

Ella se rio.

–Oh, lo siento. No pretendía decir que no lo seas…

Los ojos azules de Zak brillaron con un destello de desconfianza. Era tan consciente de que no había sido encantador con ella como de que no estaba en el mejor de sus días. Había tomado demasiado champán durante la fiesta de la noche anterior. Y se acababa de levantar de la cama cuando la periodista llamó a la puerta de la suite.

Naturalmente, no tuvo tiempo de afeitarse ni de arreglarse. Solo pudo pasarse una mano por su largo cabello rubio y ponerse los pantalones negros y la camisa blanca que había llevado en la fiesta.

–No te disculpes. Sé que no he sido el mejor de los anfitriones –dijo él–. Tal vez sea la edad… antes, podía estar de fiesta toda la noche y empezar a trabajar a las seis de la mañana como si hubiera dormido diez horas.

Al ver que Tyler sacaba una libreta y un bolígrafo de uno de los bolsillos de sus pantalones militares, Zak añadió:

–Que eso quede entre nosotros.

La periodista pareció decepcionada, pero se guardó la libreta y el bolígrafo.

–¿Cuántos años tienes, Zak?

–Treinta y seis. ¿Y tú?

–Veintiséis.

Él asintió. Ya había supuesto que rondaba esa edad.

–¿Y todavía puedes estar de fiesta toda la noche y seguir fresca por la mañana?

Ella se rio.

–No.

Zak se encogió de hombros.

–Bueno, me alegra saber que no soy el único…

Tyler se puso seria de repente.

–¿Te puedo hacer una pregunta personal?

–Por supuesto.

–¿Existe la posibilidad de que tu hermano te haya presionado para que me permitas pasar una semana contigo?

Antes de responder, Zak pensó en su arrogante, decidido y convincente hermano. Lo quería mucho, pero se la había jugado bien.

–¿Que si existe la posibilidad? –declaró con sarcasmo–. No es ninguna posibilidad; es un maldito hecho.

–Vaya…

–Por cierto, ¿para qué periódico trabajas? Tengo la sospecha de que el tabloide donde apareció tu último artículo sobre Nik y Jinx no está interesado en este tipo de reportajes exclusivos –declaró.

Ella apartó la mirada durante unos segundos. Parecía sentirse avergonzada por haber publicado una historia absolutamente amarillista sobre su hermano.

–Tienes razón, Zak. *The Daily Informer* no publica ese tipo de reportajes… pero tiene un suplemento dominical más serio.

–¿Y vas a publicar el reportaje en ese suplemento?

Tyler giró la cabeza hacia la ventana para admirar los edificios de Londres.

–Las vistas son preciosas, ¿verdad?

–Sí, lo son –dijo Zak–. Tyler, tengo la sensación de que…

Zak no tuvo ocasión de terminar la frase, porque en ese momento volvieron a llamar a la puerta de la suite.

–Será mi fotógrafo…

–No.

–Seguro que es mi fotógrafo –insistió Tyler–. Le pedí a Perry que viniera a las nueve y cuarto y ya son las…

–Mi negativa no se refería a la persona que esté al otro lado de la puerta –la interrumpió–. Se refiere a que el acuerdo al que llegaste con mi hermano no incluye que un fotógrafo me siga a todas partes durante una semana.

–Pero necesito un fotógrafo para la cobertura gráfica…

–Y lo tendrás. Al final de la semana. Cuando yo lo diga.

Tyler hizo ademán de protestar, pero se lo pensó mejor y dijo:

–Está bien. Hablaré con Perry y después podremos continuar con…

–Yo me vuelvo a la cama, Tyler –la volvió a interrumpir–. Aunque si quieres que sigamos hablando, no tengo objeción en que me acompañes.

Zak le lanzó una mirada desafiante. Le disgustaba que Nik le hubiera metido en ese lío; si no hubiera sido porque quería a su hermano mayor y porque respetaba mucho a su esposa, se habría

quitado a la periodista de encima.

–¿Estás jugando conmigo? –preguntó ella, entrecerrando los ojos.

–Puedes estar segura de que, en otras circunstancias, estaría encantado de jugar contigo.

Tyler se ruborizó y Zak se apresuró a añadir:

–Pero hoy no vamos a jugar. No con un fotógrafo al otro lado de la puerta… No pretendo otra cosa que acostarme. Solo.

–En ese caso, podríamos volver a vernos esta tarde. Sin fotógrafo, por supuesto.

Tyler se dirigió a la puerta a grandes zancadas.

–Me parece bien, pero llámame antes por teléfono –le advirtió Zak–. No me gustaría que te presentases sin avisar y me encontrases con alguien. Sinceramente, no quiero herir tu delicada sensibilidad.

–Mi sensibilidad no es tan delicada. De hecho, me he llevado una sorpresa muy agradable al descubrir que estabas solo –replicó.

–*Touché*.

Tyler llevó la mano al pomo de la puerta, pero se detuvo.

–Dime una cosa. Cuando el año pasado trabajaste con John Devaro…

–¡Oh, no! ¡Otra seguidora de John Devaro! –protestó él–. Sí, es tan atractivo en persona como en la gran pantalla. Sí, tiene un gran sentido del humor. Sí…

Esa vez fue Tyler quien interrumpió a Zak.

–Solo te quería preguntar si te sentiste amenazado por el hecho de que su nombre apareciera antes que el tuyo en los títulos de crédito.

Zak tardó un par de segundos en reaccionar.

Tyler lo había sorprendido.

–Ni mucho menos. Su nombre apareció antes que el mío porque acordamos que saldrían en orden alfabético.

–Ah… Bueno, entonces te veré más tarde.

Tyler sonrió y salió de la suite.

Zak pensó que quizás había subestimado a aquella preciosidad de sonrisa apabullante y ojos de color chocolate. Era más lista y más compleja de lo que se había imaginado cuando apareció en la suite.

Sin embargo, eso carecía de importancia. Tanto si la había subestimado como si no, solo tenía dos opciones al respecto: la primera, seguir mostrándose detestable y poco dispuesto a colaborar con una mujer que le ponía nervioso; la segunda, rendirse a su atractivo

físico e intentar seducirla para acostarse con ella.

Pero a decir verdad, no tenía elección. Sabía que, hiciera lo que hiciera, se arrepentiría de haberlo hecho.

Capítulo 2

MALDITO arrogante!

Perry no pudo refrenar su enfado cuando cruzaron el vestíbulo del hotel hacia la puerta giratoria que daba a la calle.

A Tyler le pareció normal que reaccionara de ese modo. Perry y ella habían trabajado juntos durante seis meses y era la primera vez que uno de sus entrevistados se negaba a que le hicieran fotografías.

–No te preocupes por eso –le dijo cuando salieron del hotel–. Estoy segura de que encontrarás la forma de sacar esas fotografías. Hasta ahora, siempre lo has conseguido.

–Y también lo conseguiré esta vez –declaró con orgullo–. Pero habría preferido acompañarte en lugar de acechar en las sombras.

Tyler era consciente de que el interés de Perry iba más allá de lo puramente profesional; no era ningún secreto que quería mantener una relación íntima con ella. Pero ni su atractivo ni su encanto ni sus cálidos ojos azules le gustaban lo suficiente. Para disgusto de Perry, lo quería como a un hermano.

Además, Tyler no habría sido capaz de mantener una relación íntima con él sin contarle toda la verdad sobre sí misma. Y no tenía intención de hacerlo. Nadie debía saber quién era ni qué era en realidad.

–De todas formas, ten cuidado con Zak Prince –le aconsejó Perry–. Por lo que me han contado, no sabe estar cinco minutos con una mujer sin intentar seducirla.

–Pues a juzgar por el humor que tiene esta mañana, dudo que lo

consiga con frecuencia…

Tyler mintió a sabiendas. Zak siempre había sido el seductor de los hermanos Prince. Su hermano mayor, Nik, tenía fama de ser un hombre arrogante y distante; y su hermano menor, Rik, era el más reservado de los tres. Seguramente se había mostrado arisco con ella porque se había presentado en su suite a las nueve de la mañana.

En ese momento, se dio cuenta de un detalle que había pasado por alto. Lo de la hora no había sido idea suya, sino de Nik.

Indudablemente, lo había hecho a propósito. Al fin y al cabo, la amabilidad nunca había estado entre las virtudes que se le atribuían al legendario Nik Prince. Se había empeñado en que se vieran a esa hora porque quería provocar una situación incómoda para su propio hermano y para ella.

Fuera como fuera, no había sido la mejor forma de empezar su semana con Zak Prince.

Tyler llamó por teléfono a Zak a las cuatro de la tarde, pero seguía medio dormido y quedaron por la noche, en el bar del hotel. Cuando por fin se vieron, ella decidió saciar su curiosidad.

–¿Qué le has hecho a tu hermano? –preguntó.

–¿A qué te refieres?

–Es obvio que organizó nuestro encuentro a las nueve de la mañana porque quería molestarnos. Y yo sé por qué está enfadado conmigo, pero ¿por qué lo está contigo?

–Una pregunta muy inteligente, Tyler. Aunque con Nik nunca se sabe… –Zak se encogió de hombros–. Puede que solo quisiera gastarnos una broma.

Se habían sentado en dos de los sillones del bar. Zak llevaba unos vaqueros y una camisa negra y estaba mucho más relajado que horas antes.

–Pues no tiene gracia –observó ella.

Zak sonrió.

–No, no la tiene.

A Tyler le pareció normal que Zak hubiera ganado tres Oscar. Su sonrisa resultaba carismática y fascinante en combinación con el resto de su aspecto: cabello largo, de color dorado; ojos tan azules como un cielo de estío y facciones tan duras como esculpidas en piedra.

Al darse cuenta del camino que habían tomado sus pensamientos,

Tyler se asustó. No estaba allí para caer bajo el hechizo de Zak Prince, sino para hacerle una entrevista exclusiva y descubrir nuevas facetas del famoso actor.

Estaba segura de que aquel hombre era algo más que la imagen de seductor que daba para las revistas. La calle estaba llena de rumores sobre sus múltiples aventuras amorosas, e incluso se decía que el éxito de los hermanos Prince se debía a sus supuestas conexiones con el crimen organizado, pero a Tyler le parecían acusaciones absurdas; a fin de cuentas, los famosos siempre estaban rodeados de rumores.

Y ella buscaba la verdad.

–En cualquier caso, siento el malentendido de esta mañana. De haber sabido que te molestaba recibir a la gente tan pronto, habría elegido otra hora –se disculpó–. Sugiero que lo olvidemos y que sigamos nuestro camino.

–¿Nuestro camino?

Tyler frunció el ceño.

–Bueno, ya sabes… necesito algunos datos básicos.

Dónde naciste, cómo es tu familia, en qué estás trabajando en la actualidad, ese tipo de cosas.

–Mira, Tyler, no pretendo decirte cómo debes hacer tu trabajo, pero…

–Pero me lo vas a decir de todas formas.

Él se encogió de hombros. Parecía no ser consciente del interés que había despertado entre la clientela femenina del bar. La mayoría no le quitaba la vista de encima, y a algunas les faltaba poco para babear.

–Los datos que quieres ya son de conocimiento público…

Zak dejó de hablar en ese instante porque se acercó una camarera para servirles los dos vasos de agua mineral que habían pedido.

Tyler pensó que tenía razón. Todo el mundo sabía que los tres hermanos Prince y su hermana eran hijos del legendario Damien Prince, un actor que había gozado del fervor del público durante treinta años, hasta su fallecimiento.

Durante la juventud de los hermanos Prince, Zak siempre había sido la oveja negra de la familia. Se buscaba problemas constantemente y terminó por dejar los estudios para seguir los pasos de su padre. Al final se había hecho hueco en el mundo del cine con los papeles de tipo duro y encantador que le habían dado la fama.

Pero el éxito de Zak era la norma entre los hermanos Prince,

dueños de la productora cinematográfica PrinceMovies. Nik había triunfado como director de cine y Rik, el menor, como guionista.

–Es cierto, son datos de conocimiento público. Ya los buscaré en otro momento… –dijo Tyler–. ¿Y bien? ¿Qué tienes pensado para el fin de semana?

Zak dio un trago de agua.

–¿Pensado?

Tyler había visto muchas entrevistas de Zak y sabía que no era un hombre difícil; siempre respondía a las preguntas con amabilidad y buen humor. Pero con ella era diferente. Y le pareció tan sospechoso que se empezó a preguntar si Zak habría descubierto que aquel reportaje no era exactamente lo que parecía ser.

–Sí, pensado. Supongo que habrás venido a Inglaterra por alguna razón –declaró con una sonrisa–. No sales de Estados Unidos con mucha frecuencia.

–¿Olvidas que mi hermano mayor se casó el fin de semana pasado? Yo diría que es una razón más que suficiente para viajar a Inglaterra; pero si a ti te parece que no…

Tyler se ruborizó levemente.

–Sí, ya lo sé. Sin embargo, me extraña que sigas aquí.

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Bueno, dudo que te hayas quedado en Inglaterra para pasar una semana con una periodista a quien ni siquiera conocías.

–Veo que tienes mala memoria… ¿También has olvidado que *Gunslinger*, mi última película, se estrena el sábado en Londres?

Tyler se maldijo para sus adentros. Lo sabía y lo había olvidado por completo. Quizás, porque estaba demasiado ansiosa por descubrir la verdad sobre Zak Prince.

Pero no volvería a cometer ese error. Necesitaba algo impactante, algo diferente, algo que nadie hubiera publicado con anterioridad. Y estaba convencida de que aquella semana le daría lo que estaba buscando.

–Lo siento, Zak, yo…

Zak se echó hacia delante.

–¿Puedo hacer una sugerencia, Tyler?

–Desde luego.

–Como no quiero que me hagas perder el tiempo, ¿qué te parece si te vas e investigas un poco antes de seguir con la entrevista?

Tyler apretó los dientes. Había sido negligente y Zak tenía motivos para recriminárselo, pero eso no le daba derecho a ser grosero.

Al parecer, su famoso encanto era pura fachada. Y ese detalle la convenció aún más de que Zak Prince ocultaba una historia que merecía la pena; una historia que nadie había descubierto y que ella iba a descubrir.

–Eso no será necesario –Tyler lo miró directamente a los ojos–. Sé que la película se estrena el fin de semana… te lo he preguntado porque existe la posibilidad de que tengas otra razón para quedarte en Inglaterra.

Zak pensó que Tyler Wood tenía agallas. Y también mal carácter, por el brillo de enfado que apareció en sus ojos.

Pero no le sorprendió. Sabía que no se estaba mostrando amistoso con ella.

Sin embargo, él no tenía por qué facilitarles las cosas a los periodistas. Ni el hecho de que generalmente se las facilitara, significaba que estuviera obligado a hacer lo mismo con aquella mujer.

Además, Tyler Wood era diferente. Por algún motivo, le ponía nervioso y destrozaba su amabilidad general con los medios.

–Mañana voy a quedar a comer con el director de la película que empiezo a rodar la semana que viene –explicó–. Y no, no puedes venir conmigo.

Tyler entrecerró los ojos.

–Tu hermano me aseguró que tendría acceso completo a ti durante una semana.

Zak arqueó una ceja con humor.

–No me refería a ese tipo de acceso –puntualizó ella.

–Me alegro, porque tengo la costumbre de decidir personalmente con quién me acuesto y con quién no. Y por cierto, yo no llegué a ningún acuerdo contigo ni me comprometí a nada; eso ha sido cosa de mi hermano –le recordó.

Ella abrió la boca para protestar, pero la cerró con frustración. Zak la miró con detenimiento y dijo:

–¿Cómo es el suplemento donde vas a publicar la entrevista?

–Oh, ya sabes… el típico suplemento dominical.

–El típico suplemento dominical –repitió él.

Zak volvió a tener la impresión de que Tyler le estaba ocultando algo. Se comportaba de forma evasiva.

–Se supone que soy yo quien debe hacerte preguntas a ti, Zak; pero eres tú el que me está interrogando.

–No te interrogo; solo siento curiosidad por la mujer con quien debo pasar una semana entera. A fin de cuentas, la gente va a pensar que eres mi última conquista.

–Tu última conquista en la larga lista de…

Zak le lanzó una mirada tan seria que Tyler se sintió obligada a disculparse.

–Lo siento. No debería haber dicho eso. Aunque sea…

–¿La verdad?

–No… es decir, sí, aunque sea la verdad. Pero no debería haberlo dicho.

–No, no deberías. Pero es lo más sincero que has dicho en toda la noche.

Ella lo miró con asombro.

–¿Qué?

–No te molestes en negarlo, Tyler.

–¿Insinúas que estoy siendo deshonesta contigo?

Zak notó que a Tyler le temblaban las manos ligeramente. De hecho, se había quedado pálida.

–Tú no eres la única persona que tiene contactos. Esta tarde he hecho unas cuantas llamadas; quería saber más cosas de ti.

–No me digas… ¿Y qué has descubierto? –se defendió ella.

Zak no se dejó engañar por su actitud desafiante. Sabía que le estaba ocultando algo.

–A decir verdad, muy poco. Los chicos de la prensa son poco dados a compartir información sobre uno de los suyos. Sin embargo, me han dicho que eres una buena reportera, aunque tengas el defecto de involucrarte demasiado en tus historias.

–Eso no es…

–Ah, y también he sabido que hace un par de semanas tuviste un encontronazo con el director y que te amenazó con despedirte.

–Pero no me ha despedido, ¿verdad? –replicó Tyler–. Mi presencia aquí lo demuestra.

–Sí, supongo que sí –admitió Zak–. ¿Por qué discutiste con él?

Tyler sacudió la cabeza.

–No creo que eso sea asunto tuyo.

Zak se encogió de hombros.

–Solo me estaba preguntando si vuestro desencuentro tendría algo que ver con el acuerdo al que llegaste con Nik.

–Por supuesto que no. Y ahora, ¿qué te parece si dejamos de hablar de mí y empezamos a hablar de ti, para variar?

–Está bien, como quieras. Pero voy a seguir indagando, Tyler –le advirtió–. Descubriré la verdad sobre ti.

–¿Sabes una cosa? Hasta esta misma mañana, creía todo lo que se dice de ti en los medios… que eres un hombre amable, encantador y de trato fácil. ¡Pero eres arrogante, grosero y profundamente antipático!

Zak extendió una mano hacia Tyler y la cerró sobre su muñeca, impidiendo que se levantara del sillón, como pretendía.

–¿Eso es lo que vas a escribir en tu artículo?

A pesar de la dureza de su tono, Zak descubrió que le gustaba el contacto de la piel de Tyler. Era tan suave y cálida que se preguntó si en el resto de su cuerpo sería igual.

–Tranquilízate, Tyler. No hemos terminado de hablar.

Ella le lanzó una mirada helada.

–¿Por qué quieres que me quede? ¿Para seguir insultándome?

Zak sonrió.

–Me he quedado sin insultos; pero si me concedes unos minutos…. Además, la gente ha empezado a mirarnos.

Tyler echó un rápido vistazo a su alrededor. Varias personas, incluidos un par de hombres, los miraban fijamente.

–Eso es culpa tuya.

Ella apartó el brazo con un brusco movimiento. Zak se dio cuenta de que en sus dedos, largos y elegantes, no había ningún anillo. Y esa vez, se preguntó cómo sería el contacto de aquellos dedos en su pecho, en su espalda y en otras partes de su cuerpo.

–De acuerdo, volvamos a lo nuestro. Estábamos hablando sobre la discusión que mantuviste con el director de tu periódico.

Tyler alcanzó su vaso de agua y le miró por encima del borde.

–No, no… No estábamos hablando de eso. Tú estabas hablando de eso.

Zak tuvo que respirar hondo para controlar su creciente irritación. No sabía por qué, pero Tyler lo sacaba de quicio.

–Entonces, ¿de qué quieres que hablemos? –preguntó en tono de burla–. ¿Del hecho de que tú y el guaperas de Perry Morgan parecéis inseparables? ¿O quizás de… ?

Zak se quedó helado al ver que Tyler había cerrado los ojos de repente y se había hundido en el sillón, como si hubiera sufrido un desmayo.

–¿Qué diablos…?

Rápidamente, se levantó, se inclinó sobre ella y la sacudió por los hombros.

–¡Tyler! ¡Tyler, háblame!

Ella solo tuvo las fuerzas necesarias para abrir un ojo y decir con debilidad:

–Márchate.

Zak hizo caso omiso. La tomó en brazos, la levantó y cruzó el bar sin prestar atención a la gente que los miraba.

–¿Qué estás haciendo? –susurró ella.

–Yo diría que es evidente… –contestó mientras caminaba hacia el ascensor.

–Sí, pero ¿adónde me llevas?

Tyler empezó a forcejear para que la dejara en el suelo.

–A mi suite –le informó él–. Y deja de resistirte o te harás daño.

–Estás montando un espectáculo… Todo el mundo nos mira.

Zak entró con ella en el ascensor y pulsó el botón del piso de la suite.

–¿Y qué? ¿Tú crees que me importa que me miren?

Cuando llegaron a su destino, él sacó su tarjeta para entrar en la suite, cerró la puerta con un pie y la llevó hasta el sofá, donde la sentó.

–No te muevas. Vuelvo enseguida.

Zak se dirigió al minibar y echó un vistazo a las bebidas alcohólicas. Tyler había cerrado los ojos otra vez y volvía a estar pálida. O se sentía realmente mal o estaba fingiendo para seguir adelante con su entrevista.

Desde luego, no habría sido la primera vez que una mujer lo engañaba para intentar acceder a su habitación. Pero si Tyler Wood estaba fingiendo, iba a descubrir hasta qué punto podía ser grosero.

Capítulo 3

ZAK le levantó la cabeza y le hizo beber algo que le quemó la garganta.

–¿Qué estás haciendo? ¿Qué es… ?

–Un coñac, solo es un coñac. Te garantizo que te sentirás mejor.

–¡No! ¡Me pondré enferma! –protestó ella–. ¡Tengo el estómago vacío… !

Tyler decía la verdad. De hecho, se había desmayado porque lo único que había comido en todo el día era la tostada que se había servido para desayunar. Además, no era la primera vez que cometía ese error.

Llevaba seis meses sobreviviendo a base de leche, cereales y pan. Como Londres era tan caro y su periódico le pagaba tan poco, ahorraba con la comida. Podía pedir dinero a su familia, pero se había marchado de Nueva York tras asegurarles que era perfectamente capaz de arreglárselas sola y no quería aceptar su fracaso.

–¿Cómo es posible que tengas el estómago vacío? –preguntó Zak con sorpresa–. Ya son las nueve de la noche… ¿No has cenado nada?

Tyler hizo caso omiso de sus preguntas.

–Si no me llevas al cuarto de baño en diez segundos, vomitaré en la alfombra –le advirtió–. Tengo alergia.

–¿Alergia? ¿Qué tipo de alergia… ? ¡Oh, maldita sea, Tyler!

Zak no se lo podía creer. Tyler había cumplido su amenaza. Había inclinado la cabeza por encima del brazo del sofá y había vomitado en la alfombra.

Rápidamente, se dirigió al cuarto de baño y volvió con dos toallas. Le dio una a Tyler y usó la otra para limpiar el estropicio.

–¿Qué tipo de alergia tienes?

–Alergia al alcohol.

Tyler lo había descubierto durante sus primeros días en la universidad. Para su desgracia, era alérgica a cualquier clase de alcohol. Pero se animó al pensar que no podía vomitar nada más, porque en su estómago solo había agua y la tostada del desayuno.

Media hora después, cuando ya se había recuperado, se empezó a sentir humillada por haber vomitado precisamente delante de Zak Prince. Él le había dado el coñac y él era, en consecuencia, el culpable; pero eso no cambiaba las cosas.

–De haber sabido que tenías alergia, no te habría dado ese coñac –dijo Zak mientras la ayudaba a lavarse la cara y cepillarse los dientes–. Aunque solo te he dado un par de sorbitos…

–Por lo visto, la cantidad no importa.

Cuando Zak la llevó de nuevo al sofá, Tyler empezó a sufrir los primeros síntomas de una jaqueca. Siempre le pasaba lo mismo cuando bebía; aunque naturalmente, procuraba no beber nunca.

Necesitaba dormir un poco. Era la mejor solución. Pero tendría que esperar hasta volver a su apartamento.

Todo estaba oscuro cuando abrió los ojos. Demasiado oscuro. Y demasiado en silencio, salvo por el sonido de una respiración firme.

Tyler se quedó helada.

No sabía dónde estaba ni quién era la persona que respiraba a su lado.

Nerviosa, se sentó de golpe y sintió una punzada tan intensa en la cabeza que dejó escapar un gemido.

–¿Te encuentras bien?

Tyler notó que alguien se movía y encendía una luz que le obligó a cerrar los ojos momentáneamente. Pero no necesitaba ver para saber quién era. Aunque tarde, había reconocido su voz.

–¿Tyler? –insistió Zak, preocupado.

Tyler se preguntó cómo había llegado a esa cama, cómo era posible que siguiera en ella y por qué estaba con Zak.

–Tyler… abre los ojos y háblame.

Como ella se mantuvo en silencio, él la empezó a zarandear

suavemente.

–¡Basta! ¡Deja de moverme! ¡Me duele mucho la cabeza!

Zak dejó de zarandearla.

–Yo diría que tienes una buena resaca –declaró con humor–. ¿Estás segura de que no habías bebido nada antes de los dos sorbitos de coñac que te di?

Ella abrió los ojos y lo miró con indignación.

–¡Ya te he dicho que soy alérgica al alcohol! –exclamó–. ¡Me pongo enferma con una simple gota!

Él se apoyó en un codo y la miró, sonriente.

–Sí, ya me he dado cuenta. Nunca había visto a nadie tan enfermo como tú anoche… antes de que te volvieras a desmayar, claro.

–No me volví a desmayar; me quedé dormida –dijo en su defensa–. Y a todo esto, ¿se puede saber qué hora es?

Tyler se giró hacia la mesita de noche, pero no distinguió las manecillas del reloj. En cambio, se dio cuenta de que tanto Zak como ella estaban vestidos y se sintió aliviada.

–Las once y unos minutos –respondió él.

–Ah, bueno… entonces, solo he dormido una hora o poco más.

Zak volvió a sonreír.

–No son las once de la noche, sino las once de la mañana.

–¿De la mañana? ¡No puede ser! –exclamó Tyler con horror–. Además, está demasiado oscuro para que sea por la mañana…

Él se encogió de hombros.

–Siempre me alojo aquí cuando vengo a Londres por motivos de trabajo. Nunca sé a qué hora me voy a acostar, pero esta suite tiene unas cortinas tan gruesas que no dejan pasar ni un rayo de luz.

Tyler se le quedó mirando con la boca abierta. No podía creer que hubiera pasado la noche con Zak Prince.

–Deja de mirarme así, por favor… –continuó él–. Te aseguro que las mujeres no suelen mirarme de esa forma cuando se acuestan conmigo.

–Yo no me he acostado contigo…

–¿Ah, no?

Tyler le lanzó una mirada llena de inseguridad. No recordaba lo que había pasado la noche anterior, después de que Zak la llevara al sofá y ella empezara a tener dolor de cabeza. Solo sabía que se habían despertado juntos, en la misma cama. Y aunque no se atrevía ni a

pensarlo, cabía la posibilidad de que hubieran hecho el amor.

–¿Sabes una cosa, Tyler? –Zak extendió un brazo y le apartó un mechón de cabello–. Me parece extraordinariamente insultante que me consideres capaz de aprovecharme de una mujer enferma que acababa de vomitar en mi propia suite.

Tyler no dijo nada, pero pensó que tenía razón. Era bastante insultante.

–Ahora bien –siguió hablando él–, eso no significa que no sea capaz de aprovecharme doce horas después…

Zak se inclinó sobre ella y la besó en la boca.

Tyler se derritió. Literalmente. Se derritió y se dejó llevar hasta el punto de que se aferró a él con todas sus fuerzas.

Zak la besaba con pasión, lamiéndole y mordisqueándole los labios. La sensación de placer, que se extendió por todo el cuerpo de Tyler, era embriagadora. Se sentía como si estuviera envuelta en llamas. Y cuando apretó los senos contra su pecho, no pudo más; introdujo las manos por debajo de su camiseta y le empezó a arañar la espalda.

Justo entonces, llamaron a la puerta.

–¡Servicio de limpieza!

Zak, cuyos dedos ya se encontraban sobre los generosos senos de Tyler, se apartó de ella como si quemara.

–¡Maldita sea! ¡Maldita sea! –repitió–. Anoche olvidé poner el cartel de *no molestar* en la puerta.

Salió de la habitación y dejó a Tyler en la cama.

Ella no salía de su asombro. Zak Prince, la estrella de cine, la acababa de besar a conciencia. Tan a conciencia que todavía le temblaban las piernas y aún sentía el eco de sus caricias en toda la piel.

Mientras hablaba con la mujer de la limpieza y le pedía que volviera más tarde, Zak pensó que no había tomado la decisión más inteligente de su vida. Besar a Tyler era un error. A fin de cuentas, era una periodista y a los periodistas solo les interesaba una cosa: una buena historia que contar.

Ahora, por mucho que le disgustara, no tendría más remedio que desandar lo andado.

Cerró la puerta y regresó al dormitorio. Ardía en deseos de volver a tocar sus grandes pechos y de volver a sentir su entrega. Pero no le extrañó que se entregara de ese modo, sin inhibición alguna;

seguramente le había facilitado las cosas para poder escribir que Zak Prince la había seducido.

–Me temo que, si esperas seguir con el espectáculo, te vas a llevar una decepción –declaró sin preámbulos–. Como te dije ayer, he quedado para comer… pero podemos seguir luego, cuando vuelva.

Tyler se ruborizó y se sentó en la cama, dándole la espalda.

–¿Dónde están mis zapatos? –preguntó ella.

–Querrás decir, tus botas…

–Sí, eso.

–En la otra habitación.

Zak le había quitado las botas la noche anterior, para poder meterla en la cama.

–Siento curiosidad, Tyler… ¿Por qué llevas ropa militar? ¿Para compensar tu falta de altura y tu apariencia frágil?

Ella se levantó y frunció el ceño.

–¿Y tú cómo consigues ser tan grosero? ¿Te dan clases mientras actúas? ¿O te sale de forma natural?

La réplica de Tyler desconcertó a Zak. Nunca había sido un grosero; por lo menos, hasta que la conoció a ella.

–Sinceramente, no lo sé –acertó a decir.

Tyler entró en el salón, se sentó en el sofá y se empezó a poner las botas. Parecía muy enfadada.

–Si quieres darte una ducha antes de marcharte… –continuó él.

–No, gracias.

Tyler arrugó la nariz. Había notado el olor a vómito de la alfombra.

–No te preocupes por eso –declaró Zak–. Llamaré al servicio de limpieza y les diré que limpien la alfombra cuando vuelvan a la suite.

Ella lo miró fijamente y dijo:

–¿Ahora intentas ser amable conmigo?

–Solo pretendía ser caballeroso.

–Un caballero no habría dormido en la misma cama que yo.

–Es que solo hay una cama…

–¡Pues deberías haberte acostado en el sofá!

Tyler se apretó los cordones de las botas con tanta fuerza que Zak pensó que se iba a cortar la circulación.

–¿Por qué? La cama es mía –le recordó él.

–Sí, bueno, pero yo me habría sentido mejor si hubieras dormido en otra parte.

–No podía dormir en otra parte, Tyler. ¿Qué habría pasado si hubieras vomitado otra vez? Si no hubiera estado contigo, podrías haberte ahogado en tu propio…

–¡Por favor! –lo interrumpió–. Deja de hablar de eso.

–Está bien, como quieras. Pero hazme caso y pasa por el cuarto de baño antes de que te vayas –le recomendó.

Extrañada por su insistencia, Tyler se miró en el espejo del salón de la suite.

–¡Oh, no! ¿Por qué no me lo habías dicho?

Su pelo parecía el de un puercoespín. Durante la noche se le había quitado la gomina y estaba todo de punta.

Rápidamente, Tyler entró en el cuarto de baño y se lo mojó.

–No ha mejorado mucho –comentó él con sarcasmo.

–¿Es que ahora te disgusta? Lo pregunto porque hace unos minutos no parecía disgustarte –contraatacó ella.

–Por supuesto que no. A caballo regalado, no le mires el diente –se burló.

Tyler lo miró con furia.

–Jamás me habría imaginado que estabas tan desesperado por acostarte con alguien.

Zak sonrió de oreja a oreja. Sabía que intentaba insultarlo porque se sentía profundamente humillada. Y lo encontraba muy divertido.

–Seguro que te sentirás aliviada al saber que no estoy desesperado en absoluto. Y ahora, si me disculpas, tengo que ducharme y cambiarme de ropa para irme a comer.

–Sí, por supuesto… –dijo ella, aturullada–. ¿Nos veremos más tarde?

Zak la miró y se preguntó nuevamente por la vida personal de Tyler Wood. Quería saber si sus padres estaban vivos, si tenía hermanos, a qué universidad había ido y si estaba saliendo con alguien.

Pero sobre todo, quería saber por qué quería saberlo. No tenía ni pies ni cabeza. Al fin y al cabo, Tyler estaría una semana con él y, a continuación, se marcharía y no se volverían a ver.

–Esta noche me han invitado a una fiesta –contestó–. Si te apetece, puedes venir conmigo.

–No quiero ser una molestia…

–Ya eres una molestia –declaró él con brutal sinceridad.

–Aun así, supongo que habrá alguna mujer especial en tu vida y

que…

–Si la hubiera –la interrumpió–, te aseguro que no te daría la ocasión de conocerla.

–No lo entiendo… si tanto te molesta mi presencia, ¿por qué aceptaste que pasara una semana contigo?

Zak se limitó a arquear una ceja.

–¿Quieres decir que no sabías nada? –continuó ella.

–Sabes perfectamente que no.

–Vaya. Al principio, pensé que te mostrabas tan frío conmigo porque no esperabas que yo fuera una mujer. Pero veo que el problema es más grave…

–Bastante más. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que mi hermano llegó a un acuerdo contigo y de que me siento obligado a mantenerlo.

–¿Aunque no tuviera tu consentimiento?

–Aunque no lo tuviera –sentenció Zak–. En fin, si quieres acompañarme esta noche, te espero a las ocho en el hotel; así podré asegurarme de que cenes algo. Cualquiera sabe lo que diría la gente si te desmayaras en plena fiesta.

Ella se volvió a ruborizar.

–Soy perfectamente capaz de alimentarme sin ayuda de nadie.

–¿En serio? –preguntó él con escepticismo–. Pues no lo demuestras muy bien.

–Ya te he dicho que vomité por culpa del coñac. El hecho de que ayer no cenara no tiene nada que ver con eso.

Él entrecerró los ojos y la observó con detenimiento. Estaba muy delgada. Y sus muñecas eran tan estrechas que daban la impresión de que se podían romper con un simple roce. Era evidente que no comía lo necesario.

–Tyler, te di ese coñac porque te desmayaste; presumiblemente, por la falta de comida. Lo que me recuerda que todavía no me has dicho por qué no comiste ayer.

–Porque no tuve tiempo.

Zak no la creyó. Se habían visto por la mañana y se habían vuelto a encontrar a última hora de la tarde. Entretanto, había tenido tiempo de sobra para comer.

Solo se le ocurrió una explicación: que Tyler esperara que él la invitara a cenar. Pero no la había invitado.

–Sea como sea, espero que estés aquí a las ocho en punto y con un vestido de noche. Si no estás, me marcharé sin ti –le advirtió.

Ella se mordió el labio inferior. Por su aspecto, Zak supo que estaba a punto de decirle dónde se podía meter la cena y la fiesta; pero debió de pensar que se arriesgaba a perder la entrevista con él, porque guardó silencio.

Zak se dijo que quizás estaba siendo injusto al aprovecharse de sus necesidades laborales, pero no estaba de humor para ser justo con ella. La situación le resultaba incómoda, su comportamiento le parecía desconcertante y el beso que se habían dado solo había servido para aumentar su frustración.

Además, sospechaba que Tyler Wood le iba a causar muchas más frustraciones.

Capítulo 4

SE PUEDE saber dónde has pasado la noche? –Perry se levantó del escalón donde estaba sentado, esperando a Tyler, y le lanzó una mirada de recriminación.

Tyler frunció el ceño. Había pasado una noche terrible, se encontraba débil y acababa de salir del tórrido y claustrofóbico metro de Londres. Lo último que necesitaba en ese momento era que la interrogaran. Solo quería entrar en su casa y olvidarlo todo.

–Ah, hola, Perry…

Sacó la llave del portal y la metió en la cerradura. Luego, entró en el edificio y se dirigió al apartamento alquilado. Era un piso de muebles viejos e incómodos, lleno de libros por todas partes; pero también era su refugio. Un refugio al que, después de su enfrentamiento con Zak, ansiaba retirarse.

Por desgracia, Perry la siguió al interior.

–Tyler, te he hecho una pregunta.

–Perry, por favor… como tú mismo puedes ver, acabo de llegar a casa –protestó–. ¿Es posible que dejes el interrogatorio para más tarde? Por lo menos, hasta que me haya duchado y cambiado de ropa.

Tyler sabía que no le debía ninguna explicación; fueran cuales fueran las intenciones de Perry, su relación siempre había sido estrictamente profesional. Pero eran amigos y, además, se sentía obligada con él porque a él también lo habían amenazado con despedirle del periódico si no conseguían algo grande.

–De acuerdo, me sentaré y te esperaré –Perry se dejó caer en el

sofá–. Sabes que Zak Prince no es más que un…

–Perry… –dijo ella en tono de advertencia–. Anda, sírvete un café si te apetece. Intentaré tardar poco.

–Tómate el tiempo que quieras.

Tyler suspiró al entrar en el santuario de su dormitorio. Era la primera vez que se podía relajar después de haberse despertado aquella mañana en la cama de Zak.

Aún estaba sorprendida.

Y por si el hecho de haber dormido con él no fuera suficientemente impactante, Zak lo había convertido en una locura por el procedimiento de besarla.

Sacudió la cabeza y se preguntó qué habría pasado si la mujer de la limpieza no hubiera llamado a la puerta de la suite.

Probablemente, se habría acostado con él.

Gimió y pensó que había sido una estúpida. Después de lo que había sucedido, Zak le perdería el poco respeto que le tenía en calidad de periodista. E incluso cabía la posibilidad de que también le perdiera el respeto en calidad de mujer, por haberse entregado sin más.

–¿Tyler? –Perry llamó a la puerta de repente–. ¿Te encuentras bien? No oigo la ducha y me estoy empezando a preocupar…

–Estoy perfectamente –respondió ella–, aunque puede que tarde más de lo previsto. ¿Por qué no te vas a dar un paseo?

–No, me quedaré aquí.

Media hora después, cuando ya se había duchado, lavado el pelo y puesto una camiseta blanca y unos vaqueros desteñidos, Tyler no se sentía mucho mejor. Seguía pensando que Zak se mostraría más detestable que nunca cuando se vieran a las ocho; y seguía molesta por la presencia de Perry en la casa.

Cuando salió de la habitación y vio que su amigo no se había servido nada de beber, preguntó:

–¿Un café?

Perry se levantó del sofá.

–No, gracias. ¿Comprendes ahora que no exageré al decir que Zak Prince no podía estar con una mujer durante cinco minutos sin intentar seducirla? Aunque en tu caso, parece que ni siquiera ha necesitado cinco minutos.

Tyler palideció.

–Perry, no tienes ningún derecho a…

–¿Que no tengo derecho? –preguntó él con disgusto–. Anoche me quedé cinco horas en la puerta del hotel, esperando a que salieras. Luego, al llegar a casa, te llamé por teléfono y no te pude localizar. Y lo mismo pasó esta mañana, a las seis.

–Perry…

–Y ahora apareces con la misma ropa de ayer y con aspecto de haberte caído de la cama –insistió–. ¿No crees que tengo motivos suficientes para llegar a la conclusión de que te has acostado con Prince? Es tan fácil como sumar dos y dos.

Tyler respiró hondo y se sintió algo aliviada.

Por lo menos, su compañero no la había visto cuando Zak la sacó del bar del hotel en brazos y la llevó al ascensor del vestíbulo.

–Perry, será mejor que te marches antes de que digas algo de lo que te puedas arrepentir más tarde.

Él desestimó la advertencia con un gesto de desdén.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? Tyler, yo pensaba que nuestra relación significaba algo para ti. Aunque solo sea en términos de amistad.

–Nuestra relación me importa mucho, Perry. Soy tu amiga. Pero entre Zak y yo no ha pasado nada.

–Espero que no. Lo espero por tu bien. Se supone que tenemos que descubrir algo sucio en la vida de ese tipo, y no quiero que tú formes parte de ello.

Perry estaba en lo cierto. Cuando Tyler se negó a publicar la historia de Jinx Nixon, el director del periódico los amenazó con despedirlos a los dos si no descubrían algo verdaderamente escandaloso sobre Zak Prince. Y tras haber dejado su casa y a su familia con la afirmación de que podría arreglárselas sola, Tyler no podía permitir que la despidieran de su primer empleo como periodista.

Pero se sentía culpable por haber mentido a Zak y por estar traicionándose a sí misma. La historia que iba a escribir no era para un dominical serio, sino para saciar la sed de sangre de los lectores de la prensa amarilla.

–Anoche me puse enferma y Zak tuvo la amabilidad de…

–¿Te pusiste enferma? –Perry se acercó y la miró con preocupación–. ¿Qué pasó? ¿Has ido al médico?

Ella soltó una risotada sin humor alguno.

–No necesito un médico. Tomé un poco de coñac sin querer y…

–¿Qué? ¿Cómo es posible que tomaras coñac sin querer?

–Eso carece de importancia; fue un simple accidente.

El caso es que me lo bebí y que me puse enferma. Zak se portó como un caballero.

–Oh, vaya. Y pensar que no he dejado de acusarte desde que has entrado en la casa… –declaró Perry, arrepentido–. ¿Quieres que te prepare yo el café? ¿A cambio de mi espantoso comportamiento?

–De acuerdo.

Tyler se sentó en el brazo del sofá. No quería discutir con Perry. Estaba harta de discusiones y, por lo demás, no quería perder a uno de los pocos amigos que había hecho desde que se mudó a Londres.

Poco a poco, se empezó a sentir mejor. Aunque la perspectiva de volver a ver a Zak Prince le ponía la carne de gallina.

A las ocho en punto de la tarde, Zak abrió la puerta de la suite, miró con admiración a la transformada Tyler y dijo:

–Estás muy guapa.

Era verdad. Se había puesto un vestido rojo, estrecho y de falda por encima de las rodillas, que enfatizaba las curvas de sus senos y de sus caderas y ofrecía una visión perfecta de sus piernas, que parecían más largas por los tacones de aguja, de diez centímetros.

Acostumbrado a mirar a las mujeres, Zak notó que llevaba muy poco debajo del vestido y que se había maquillado algo más de lo habitual en ella. Sus pestañas parecían más largas y más oscuras y sus labios, más rojos.

–¿Preparada para la batalla?

–No sabía que fuera una batalla. Dijiste que era una fiesta.

Zak sonrió y se dedicó a admirar el movimiento de las caderas de Tyler cuando se apartó de la puerta y la dejó entrar. No estaba seguro del aspecto que tendría cuando llegara a la suite; pero definitivamente, no esperaba encontrarse con aquella diosa.

–Tú tampoco estás mal –dijo ella, devolviéndole el cumplido.

Zak frunció el ceño, sorprendido al sentirse algo incómodo bajo el escrutinio de la periodista. Se había puesto una camisa blanca de seda y unos pantalones oscuros.

–Gracias… Te ofrecería una copa antes de salir, pero los dos sabemos que no es muy conveniente.

Tyler no necesitaba que le recordaran lo sucedido.

–¿No dijiste que cenaríamos antes?

Él asintió.

–Sí, por supuesto. Pensaba llevarte al O'Malley, si te parece bien.

–Por qué no. Supongo que lo podré soportar –ironizó ella.

El restaurante que Zak había elegido era uno de los sitios de moda de Londres, una mezcla entre pub irlandés y restaurante de alta cocina; pero a pesar de que Tyler pensara lo contrario, Zak no lo había elegido por ese motivo, sino porque era más relajado y bastante menos formal que la mayoría de los restaurantes de su nivel.

–Excelente. Entonces, vámonos.

Zak le abrió la puerta de la suite y se sintió algo desconcertado cuando ella pasó por delante y él notó su aroma, una mezcla de perfume y olor femenino.

Mientras entraban en el ascensor, se dijo que Tyler Wood no era del tipo de mujeres que le gustaban. En primer lugar, aborrecía a las mujeres de pelo corto; en segundo, a las que llevaban pantalones militares y, en tercero, a las periodistas. Y sin embargo, no se la podía quitar de la cabeza.

–¿Estás bien?

Zak frunció el ceño al oír su voz.

–¿Por qué no habría de estarlo?

–No lo sé –Tyler se encogió de hombros–. Pero el ascensor ya ha llegado a la planta baja y no parece que tengas intención de salir.

Zak se quedó perplejo al ver que efectivamente estaban en la planta baja y que varias personas esperaban para poder entrar.

–Oh, lo siento…

Sonrió, la tomó de brazo y la llevó hacia la salida.

–¿Seguro que estás bien?

Zak pensó que no estaba seguro de nada. Las mujeres entraban y salían de su vida tan deprisa que, en general, no volvía a pensar en ellas. Pero con Tyler era diferente; en las últimas veinticuatro horas, había pensado más en ella que en ninguna otra mujer de las que habían pasado por su vida.

Intentó convencerse de que su obsesión con Tyler se debía a que no mantenían una relación amorosa, es decir, a un sentimiento de frustración sexual. Y precisamente por eso, debía tener cuidado con lo que hacía y decía delante de ella. No se podía arriesgar a que sus palabras aparecieran en la portada de un tabloide.

–Sí, me encuentro bien –le aseguró–. ¿Qué has hecho hoy?

–¿Por qué lo preguntas? –contestó ella a la defensiva.

–Solo intentaba entablar una conversación.

Tyler pareció incómoda.

–Ah… Bueno, no he hecho gran cosa. Me he dedicado a arreglar mi piso.

–¿Vives sola?

–Sí, vivo sola, aunque sigo sin saber por qué te interesa eso. Además, se supone que soy yo quien tiene que hacer las preguntas.

–Intento conocerte un poco mejor, Tyler.

–Pues preferiría que no lo intentaras.

–Me parece un poco injusto, teniendo en cuenta que tú sabes mucho de mí.

–Zak, tu vida es un libro abierto. La gente solo tiene que abrir los periódicos para saber lo que quiera de ti. Es la vida que tú has elegido, pero yo no estoy en tu caso; yo me dedico simplemente a…

–A exponer la vida de los demás. Mientras mantienes tu vida en secreto.

Tyler se encogió de hombros.

–Estoy en mi derecho, ¿no te parece?

–¿Y si quiero saber más de ti?

Zak soltó el brazo de Tyler y le puso una mano en la espalda para ayudarla a subir a uno de los taxis que esperaban en la entrada del hotel. Una vez dentro, el ambiente se cargó tanto que él tuvo la impresión de que estaban en una especie de crisálida.

–Zak, ¿estás jugando conmigo? Sé que anoche hice el ridículo en el hotel, pero eso no te da derecho a… a…

–¿Sí? Te escucho.

–¡Además, la culpa fue tuya! ¡Tú me diste ese coñac!

–¿Cómo iba a saber que te sentaría mal?

–Es cierto, no lo podías saber –reconoció ella con un suspiro–, pero eso no es razón para que des por sentado que nosotros… que entre tú y yo…

–¿Sí?

La inseguridad de Tyler le parecía muy divertida; cada vez que intentaba referirse a la atracción sexual que había entre ellos, dudaba y no podía terminar la frase. Pero, sobre todo, la encontraba desconcertante. La mujer firme y eficiente que indudablemente era se

transformaba en una jovencita tímida cuando el sexo aparecía en la conversación, aunque fuera de forma indirecta y sutil.

De hecho, lo encontraba tan extraño que se atrevió a preguntar:

–¿Eres lesbiana?

–¿Te he parecido lesbiana esta mañana? –replicó ella–. No, no lo soy. Pero mis inclinaciones sexuales tampoco son asunto tuyo.

Zak se dijo que Tyler estaba en lo cierto. Por muy tentadora que la encontrara y por mucho tiempo que fueran a compartir durante la semana siguiente, había tomado la decisión de mantenerse alejado de ella. Cualquiera sabía lo que era capaz de escribir en su periódico si se acostaban.

–Eso es verdad. Tu vida no es asunto mío. Aunque te podría dar unas cuantas ideas en cuanto a lo que puedes escribir sobre mí.

Tyler bufó.

–Hasta ahora no he descubierto nada que no se haya escrito ya.

–Me alegro –dijo él con satisfacción–. Deberías preguntarte si no te has equivocado de hermano. Nik ha dejado de ser atractivo para la prensa desde que se casó y sentó la cabeza, pero sospecho que la actitud reservada de Rik esconde cosas más interesantes que todo lo que puedas descubrir sobre mí.

–En este momento, hasta el Pato Donald me parece más interesante que tú.

–Entonces, te sugiero que escribas sobre Rik. Yo no escondo nada que pueda ser relevante para tus lectores.

Zak estaba muy enfadado. No era la primera vez que reaccionaba de esa forma con la prensa, pero su enfado se dirigía normalmente a los periodistas en general y a lo que eran capaces de hacer con tal de conseguir una buena historia. Sin embargo, con Tyler era distinto. Se había convertido en algo personal.

Zak era consciente de que gran parte de su enfado se debía a que Tyler le gustaba. Eso lo podía asumir sin dificultad. Lo que le estaba sacando de quicio, era otra cosa: cuando pensaba que Tyler Wood podía tener tan pocos escrúpulos como tantos de sus compañeros, lo encontraba profundamente decepcionante.

Y no sabía por qué.

Capítulo 5

TYLER? Oh, Dios mío, Tyler… ¿eres realmente tú? Tyler se acababa de sentar a la mesa del O'Malley cuando oyó la voz, se levantó y se quedó helada. Casi tenía miedo de darse la vuelta hacia la persona que había hablado. En primer lugar, porque sabía quién era; en segundo, porque se trataba de alguien que sabía muchas cosas de ella.

Pero no tuvo que darse la vuelta. Gerald Knight apareció un segundo después en su campo de visión y la agarró por los brazos, con afecto.

–¡Eres tú! ¡Estás tan delgada que casi no te había reconocido! Y llevas un corte de pelo precioso…

Gerald se inclinó y le dio dos besos en las mejillas.

–¿Cuánto tiempo llevas en Inglaterra, chica traviesa?

–Varios meses.

–¿Y cómo es posible que no me hayas llamado?

Cuando Gerald la soltó, Tyler vio la expresión de enfado de Zak y volvió a lamentar su suerte. Entonces, cayó en la cuenta de que todavía no los había presentado.

–Gerald, te presento a…

–Zak Prince, el famoso actor –dijo su amigo.

Gerald estrechó la mano de Zak con entusiasmo.

–Y tú eres Gerald Knight, el diseñador…

–¿Me conoces? –preguntó Gerald, encantado.

–Por supuesto que sí. Tus pases de Nueva York son todo un acontecimiento… siempre merecen la pena.

Gerald echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–Seguro que lo dices por las modelos que contrato. Pero la ropa que llevan no está pensada para que los hombres se las coman con los ojos…

–¿Ah, no? –Zak arqueó una ceja–. ¿Significa eso que estoy equivocado al pensar que las mujeres se arreglan para llamar la atención de los hombres?

–Sí, estás completamente equivocado. Las mujeres se arreglan para impresionar a otras mujeres. Y hablando de ropa, debo decir que me siento muy decepcionado contigo, Tyler…

–¿Conmigo? ¿Por qué?

–Porque llevas un vestido de Vera Wang. ¿Qué tiene de malo Gerald Knight? Sobre todo ahora que has perdido todos los kilos que te sobraban –dijo con admiración–. Tienes un aspecto absolutamente maravilloso. Jamás me habría imaginado que tenías una figura tan fantástica debajo de los trapos que sueles llevar… por cierto, ¿qué piensa Rufus sobre la nueva Tyler? ¿Y qué piensa tu nuevo novio?

Tyler miró a Gerald con horror. No por la mención de Rufus, sino por el hecho evidente de que había pensado que Zak era su nuevo novio.

Por suerte para ella, su amigo eligió ese momento para echar un vistazo a la hora y añadió:

–Oh, será mejor que me vaya. He quedado en el cine y ya llego quince minutos tarde… aunque estoy seguro de que empezarán sin mí. ¿Vas a quedarte mucho tiempo en Londres, Tyler? Si te quedas, llámame por teléfono; podríamos ir a comer y charlar un rato.

–Cómo no…

–En fin, me voy. Encantado de conocerte, Zak.

Gerald se marchó y Tyler se hundió literalmente en la silla, avergonzada. El diseñador la había puesto en una situación difícil.

Además de mencionar a Rufus, lo cual habría despertado el interés de Zak, había dicho algo que el actor no se habría imaginado nunca porque no sabía nada de moda: que llevaba un vestido de Vera Wang. Un vestido muy caro. Un vestido que ninguna periodista normal se habría podido permitir.

Zak preguntó por Gerald en cuanto Tyler y él se quedaron a solas. La situación le había resultado muy sospechosa.

–¿Tu amigo siempre es así?

–Siempre. Es para tomarlo en dosis pequeñas.

–Sí, ya me he dado cuenta. Pero dime, ¿cómo es posible que Gerald Knight y tú seáis tan buenos amigos?

–Bueno, no somos tan buenos amigos…

Justo entonces apareció el camarero. Le dio una carta a Tyler e intentó darle otra a Zak, pero la rechazó.

–No, gracias. Tomaré gambas al ajillo para empezar y, de segundo, pato.

–Me temo que cambiamos el menú la semana pasada, señor. Ya no tenemos pato. Pero le recomiendo que pruebe el faisán.

–El faisán no me gusta –dijo Zak con frialdad.

–Entonces, podría…

–Tomaré un filete poco hecho –lo interrumpió–. Con ensalada y patatas fritas.

Tyler contempló la escena con interés. Zak había sido grosero con ella desde el principio, pero con todos los demás era encantador; desde el portero del hotel hasta el taxista que los había llevado al restaurante, pasando por el propio Gerald. Y ahora, sin embargo, trataba mal al camarero. Era desconcertante.

–¿Y usted, señorita?

–Yo también tomaré gambas. Y de segundo, lubina.

Cuando el camarero se marchó, Tyler miró a Zak de tal forma que él se sintió obligado a decir:

–Sí, sé que no he sido muy amable con él. Es que me apetecía comer pato.

–Ya.

Tyler apartó la mirada. Se sentía profundamente decepcionada con Zak. Estaba allí para encontrar algo escandaloso en su vida y publicarlo; pero en el fondo de su corazón, deseaba que en la vida de Zak no hubiera nada indigno.

–¿Tyler?

Ella se mantuvo en silencio.

–Te he dicho la verdad. Me apetecía el pato –insistió Zak.

–Y yo he dicho que no importa.

–No, no has dicho eso. Has dicho…

–Zak, ¿qué más da lo que haya dicho? Somos un actor y una periodista que se disponen a cenar en un restaurante; no un matrimonio

que no se soporta y que aprovecha cualquier excusa para lanzarse los trastos a la cabeza.

Tyler no quería hablar del tema. Aunque por otra parte, le convenía; mientras hablaran de ellos y de la relación que mantenían, no hablarían de lo que Gerald había dejado caer.

–Tienes razón. No importa.

–De todas formas, ten cuidado con el filete que has pedido –ironizó ella–. Podrías ponerte más agresivo con la carne.

–Yo no me he puesto agresivo con…

Zak dejó la frase sin terminar y la miró con desconfianza.

–Espera un momento –continuó–. Pretendes que me enfade, ¿verdad?

–¿Quién? ¿Yo? –dijo ella con inocencia.

–Sí, tú –Zak sonrió–. Siempre cometo el error de subestimarte.

–¿En serio?

–Sí. Pero en este caso, sé por qué lo has hecho.

–No me digas.

Zak sacudió la cabeza.

–Eres muy lista; has conseguido desviar mi atención durante unos minutos. Pero el truco no funciona indefinidamente.

–No sé de qué estás hablando –mintió Tyler.

–Lo sabes de sobra. Esperabas que olvidara nuestro encuentro con Gerald… que no preguntara por qué es tan amigo tuyo, quién es ese tal Rufus y cómo es posible que lleves un vestido de Vera Wang.

Tyler tragó saliva, pero no contestó.

–¿Y bien?

Ella clavó la mirada en su vaso de agua.

–Gerald y yo nos conocimos en Nueva York, cuando yo estaba cubriendo uno de sus pases de moda. Escribí un artículo sobre él y, por algún motivo, le caí bien. Con el tiempo, nos hicimos amigos.

A Zak le pareció una explicación razonablemente convincente. Se imaginaba que a Gerald le habría gustado Tyler. Igual que le gustaba a él.

–¿Y quién es Rufus? ¿También le caíste bien?

Los ojos de Tyler se llenaron de lágrimas. Pero desaparecieron al instante, sustituidas por una expresión de enfado.

–No sabría qué decir. Hace seis meses que no nos hablamos.

Zak no tuvo ocasión de interrogarla más, porque el camarero llegó

con el primer plato.

–Gracias –dijo con una sonrisa, arrepentido de haberlo tratado mal.

–De nada, señor –replicó el camarero, obviamente aliviado.

En cuanto se quedaron a solas, Tyler preguntó:

–¿Siempre te funciona esa sonrisa?

Zak perdió inmediatamente el apetito.

–¿No crees que estás exagerando un poco, Tyler? Sé que he sido algo grosero con ese pobre hombre, pero todo el mundo comete errores. Incluso tú.

–Sí, yo también los cometo. Pero a diferencia de ti, tengo la elegancia de disculparme.

Zak la maldijo para sus adentros, aunque tomó nota del comentario. Y unos minutos después, cuando el camarero volvió a la mesa y dejó dos cuencos con agua y limón para que se limpiaran la grasa de las gambas, le dijo:

–Lamento haber estado tan seco hace un rato. Usted no tiene la culpa de que el restaurante haya cambiado el menú.

–No se preocupe por eso, señor Prince. Además, su reacción ha sido leve en comparación con la reacción de la dama que, hace unos días, me tiró un vaso de agua cuando le dije que ya no servíamos pato. Pero quizás le interese saber que he mencionado los dos incidentes al chef y que se ha comprometido a volver a poner el pato en el menú.

El camarero se fue y Zak miró a Tyler con expresión de triunfo, que se convirtió en expresión de perplejidad. La periodista parecía a punto de estallar en carcajadas.

–¿Te estás riendo de mí?

–Todavía no, pero…

Tyler empezó a reírse. Y no fueron las risas suaves y afectadas que Zak solía oír en boca de la gente famosa, sino carcajadas abiertas y profundas.

Estaba preciosa en todos los sentidos. Tan preciosa, que algunos de los clientes masculinos del restaurante, entre los que se encontraban varios conocidos del propio Zak, se giraron para admirarla.

Por fin, Tyler dejó de reírse y sacudió la cabeza.

–No tengo la menor duda de que el pato volverá al menú –dijo con humor–. Puedes ser realmente encantador cuando quieres, ¿verdad?

–¿Insinúas que contigo no lo soy?

Ella se encogió de hombros.

–Solo digo que lo eres… cuando quieres –repitió.

Zak no lo podía negar. Le negaba su encanto porque no quería estar con ella, porque la encontraba demasiado peligrosa. Prefería mostrarse grosero y arriesgarse a que escribiera un artículo poco halagador sobre él, a confiar en Tyler y arriesgarse a que descubriera su secreto.

Aunque tampoco era para tanto. No era nada que le avergonzara; solo una parte de su vida de la que nunca hablaba en público. De niño había tenido algunos problemas que más tarde lo habían convertido en un adolescente de carácter difícil; sin embargo, lo había superado casi por completo y solo recaía de vez en cuando, como aquella noche.

Nik le había recomendado que lo hiciera público, pero el tiempo fue pasando y cuanto más tiempo pasaba, más difícil le resultaba a Zak. No quería hablar de algo tan personal para él. Ni mucho menos, que apareciera en la portada del periódico de Tyler.

–Bueno, como decía mi madre, sigamos comiendo.

Zak alcanzó otra gamba y le quitó la cáscara. Tyler arqueó las cejas.

–Supongo que tu madre tendría que decírtelo muy a menudo…

Zak se encogió de hombros.

–En general se refería a las verduras, pero también se puede aplicar a este caso.

–¿Come y calla?

–Exacto.

Capítulo 6

EL ALIVIO de Tyler aumentó mientras cenaban. Había conseguido desviar la atención de Zak e impedir que preguntara sobre Rufus y sobre lo que significaba para ella.

Al menos, momentáneamente; porque estaba segura de que Zak volvería a sacar el tema cuando lo considerara oportuno. Sin embargo, había ganado un tiempo precioso. Tiempo para encontrar una respuesta adecuada.

Pero no la encontró.

Todo era demasiado complicado, aunque le había parecido muy fácil cuando tomó la decisión de marcharse a vivir a Inglaterra y abrirse camino como periodista. Solo tenía que encontrar un lugar donde vivir, conseguir un empleo en un periódico y escribir una historia sensacional que la hiciera famosa en las dos orillas del Atlántico y que le permitiera volver a casa con un éxito bajo el brazo.

Pero había tirado el éxito por la ventana. Cuando por fin se le presentó una historia sensacional, el descubrimiento de la relación que existía entre Jinx Nixon y el famoso escritor J. I. Watson, se dejó dominar por su buen corazón y permitió que Nik Prince la convenciera de que no la publicara.

Había perdido una gran oportunidad y no quería perder otra con Zak.

Siempre había querido ser periodista. Lo había soñado desde niña, aunque su familia no entendía que quisiera trabajar en una cadena de televisión. Sus padres eran tan extraordinariamente ricos que

compraban periódicos y cadenas de televisión, pero desde luego, no trabajaban en ellos.

Tyler había crecido entre algodones. Había sido una chica obediente que tenía los amigos adecuados, estudiaba en los centros adecuados y hasta acompañaba a su madre a las numerosas galas a las que asistía. Pero todo cambió cuando sus padres le concertaron un matrimonio de conveniencia. Entonces, Tyler decidió que estaba harta de ser obediente, hizo las maletas y se marchó a Inglaterra.

–¿Sabes que te salen arrugas junto a los ojos cuando frunces el ceño?

Tyler miró a Zak con ira.

–¡A todo el mundo le salen arrugas cuando frunce el ceño!

–Cierto. Solo me preguntaba por qué lo fruncías…

–No es asunto tuyo.

Él se encogió de hombros.

–También es cierto. En fin, si ya has terminado de cenar, deberíamos irnos.

–¿No quieres tomar postre?

–Nunca tomo postre. Pero si a ti te apetece, pide lo que quieras.

Tyler alcanzó una carta, le echó un vistazo y la dejó a un lado.

–No, será mejor que no. No quiero recuperar los kilos que me he quitado de encima… Gerald se llevaría un disgusto.

Zak sonrió.

–¿Es que estabas gorda?

–No, en absoluto. Tenía una talla más… bueno, más bien dos –respondió–. Pero nadie se quejó nunca de mi aspecto.

–Y nadie se queja ahora.

Tyler lo miró con confusión. No sabía si su comentario había sido un halago o la simple constatación de un hecho.

Minutos después, pagaron la cuenta y se levantaron de la mesa.

–¿De quién es la fiesta a la que vamos? –preguntó ella.

–De Calum McQuire.

–¡De Calum McQuire! –Tyler se entusiasmó hasta el extremo de que se aferró al brazo de Zak–. Dios mío, siempre he querido…

Zak le dedicó una mirada tan irónica que Tyler le soltó de inmediato.

–Hablo como una adolescente, ¿verdad?

–Sí, aunque me alegra saber que no eres tan sofisticada como para

no emocionarte ante la perspectiva de conocer a Calum.

–¡Cualquiera se emocionaría! –puntualizó ella–. Calum McQuire ha dado un significado nuevo al concepto de intimidad. Nadie se puede acercar a él ni a ningún miembro de su familia si él no quiere.

Zak asintió. El actor escocés tenía su intimidad en tanto aprecio que no había concedido ni una sola entrevista durante los cinco años transcurridos desde el nacimiento de su hijo.

–Ni se te ocurra, Tyler –le advirtió, adivinando sus pensamientos–. Te recuerdo que vas a esa fiesta en calidad de invitada mía, no de periodista.

Tyler empezaba a estar harta de que la amenazaran. Primero había sido el director de *The Daily Informer*, Bill Graham; y ahora, el propio Zak. Cualquier día iba a perder la paciencia y les iba a demostrar de qué madera estaba hecha.

Pero no sería a costa de Calum McQuire. Por lo que tenía entendido, McQuire era un buen tipo que no ocultaba nada; solo quería alejar a la prensa de su familia para que su hijo tuviera una infancia tan normal como fuera posible.

–Descuida. Seré discreta –le prometió.

Zak volvió a asentir y le abrió la puerta del restaurante.

–Eso espero. Tómate lo de esta noche como una especie de… prueba de resistencia. Si te puedes resistir a la tentación de entrevistar a Calum, podrás resistirte a cualquier cosa.

–No lo dudo, pero es una lástima. Todo el mundo adora a ese hombre. Recuerdo que, cuando yo era más joven, tenía fantasías en las que…

Tyler se detuvo.

–¿Fantasías? ¿Qué tipo de fantasías? –preguntó Zak con interés.

Tyler se ruborizó, aunque no por lo que él estaba pensando. Como tantas adolescentes, había tenido fantasías eróticas con Calum McQuire; pero Zak no sabía que también las había tenido con él.

–¡Oh, vamos! ¡Solo tenía quince años! –protestó.

Cuando salieron a la calle, Tyler se apartó de él y echó un vistazo a su alrededor. Sabía que Perry estaría en alguna parte, escondido para poder sacar fotografías.

–¿Buscas a alguien?

Se giró hacia Zak y, de repente, se encontró a escasos milímetros de su cara. Una posición extremadamente difícil para una mujer que

acababa de recordar las fantasías eróticas que había tenido con él.

Pero ya no era una adolescente. Era una adulta de veintiséis años.

Sin embargo, también era una adulta que lo deseaba y que había estado luchando contra el deseo desde que Nik le ofreció el trato de pasar una semana con Zak a cambio de no publicar la historia sobre Jinx. Tyler supo entonces que estaba cometiendo un suicidio profesional. Pero la tentación de conocer al actor era demasiado fuerte, porque había algo que ni Perry ni Bill Graham ni Nik Prince sabían: que siempre había estado encaprichada de Zak.

Ahora, mientras lo miraba a los ojos, sintió la necesidad de besarlo. Su cuerpo y sus sentidos estaban totalmente concentrados en Zak; en el aspecto sedoso de su cabello largo, en el azul profundo de sus ojos y en su preciosa boca, cuyo labio inferior resultaba más que tentador.

Justo entonces, una luz brillante rompió la oscuridad de la noche y la cegó durante unos segundos.

–¿Qué diablos ha sido eso? –bramó él.

Zak se giró hacia el lugar del que había surgido el destello, pero no vio nada. Solo oyó la portezuela de un coche y el ruido de un motor.

Tyler adivinó enseguida lo ocurrido; debía de ser Perry, que se había escondido para hacerles una fotografía. Y Zak también lo adivinó.

–¡Ha sido cosa tuya! –la acusó, enfadado–. ¡Me has tendido una trampa para que ese novio tuyo, Perry… !

–No es mi novio –se apresuró a decir ella–. Y no seas ridículo, por favor… Yo no te he tendido ninguna trampa.

–¡Claro que sí! –exclamó Zak–. Seguro que mañana se publica una fotografía donde me estarás mirando con ojos libidinosos.

–¡Yo no te miraba con ojos libidinosos!

–Por Dios, Tyler… querías que te besara.

–¡No es verdad! –dijo la joven con indignación–. ¡Eras tú quien quería besarme a mí!

–¡Ni en sueños!

–¿Ni en sueños? ¡Yo jamás he soñado contigo!

Zak la miró con sorpresa. No pretendía insinuar que Tyler hubiera soñado con él; solo había sido una forma de hablar. Pero no pudo interesarse al respecto, porque en ese momento se oyó la voz de una mujer que acababa de bajar de un taxi.

–¿Tyler? ¿Tyler Wood?

Tyler se giró hacia la mujer, una rubia alta y esbelta. Por su forma de mirarla, Zak supo al instante que se conocían y que Tyler habría preferido encontrarse a mil kilómetros de ella. De hecho, a él también le resultó familiar, como si la hubiera visto en alguna parte, pero no recordó dónde.

–Sí, soy Tyler Wood, pero me temo que tenemos mucha prisa. Si nos disculpa…

–Yo solo quería…

–Lo siento, pero nos tenemos que ir.

Tyler tomó del brazo a Zak y se lo llevó calle abajo a toda prisa. Cuando ya estaban a cierta distancia, él dijo:

–¿No crees que has sido un poco grosera con esa mujer?

Ella le lanzó una mirada de advertencia y siguió caminando.

–No, es ella la que ha sido grosera. Nos ha interrumpido cuando estábamos en mitad de una conversación.

Zak no tenía la menor idea de quién era la rubia ni de por qué habían huido de ella, pero eso era lo de menos en ese momento. Al recordar su conversación interrumpida, Tyler también le había recordado el incidente con el fotógrafo.

–Ya no vas a la fiesta, Tyler.

Ella parpadeó y se detuvo bajo una farola.

–Si dijiste que…

–Sé lo que dije. Pero eso fue antes.

–¿Antes de qué?

–Antes de lo del fotógrafo.

Tyler tragó saliva.

–Ya te he dicho que no tengo nada que ver con eso…

–¿Ah, no? –dijo él con sarcasmo–. Bueno, sospecho que saldremos de dudas mañana por la mañana.

Zak no recordaba haber estado tan enfadado en toda su vida. Enfadado con Tyler, por haberlo engañado y enfadado consigo mismo, por haberse dejado engañar.

–¿Mañana por la mañana?

–Eso he dicho. Y si tu repugnante periódico publica alguna fotografía de los dos, nuestro acuerdo quedará anulado.

Capítulo 7

TYLER parpadeó, horrorizada ante la posibilidad de que Zak rompiera el acuerdo. Tenía que encontrar a Perry y tenía que encontrarlo enseguida, antes de que hablara con Bill Graham y le enviara las fotografías.

En ese momento, habría sido capaz de estrangular a su amigo. Aunque, por otra parte, le había hecho un favor sin saberlo: gracias a él, Zak se había olvidado de la rubia del taxi. Porque si Zak hubiera sabido quién era, no habría esperado al día siguiente para romper el acuerdo; lo habría roto de inmediato.

–Estoy segura de que el periódico no publicará ninguna fotografía nuestra –afirmó.

Él se encogió de hombros.

–Como ya he dicho, esperemos hasta mañana.

–¿Y no me vas a llevar a la fiesta?

Zak sacudió la cabeza.

–No. De hecho, te sugiero que pares el taxi del que se ha bajado tu amiga y le pidas que te lleve a casa.

Tyler lo miró a los ojos y supo que estaba hablando en serio. Pero no tenía intención de tomar un taxi; para empezar, porque no tenía dinero para tomar taxis y, para continuar, porque no podía marcharse a casa sin localizar antes a Perry.

–Iré andando, gracias. ¿Dónde y a qué hora nos vemos mañana?

Zak sonrió sin humor.

–Estás muy segura de ti misma, ¿no?

–¿Cómo no lo voy a estar? Creas lo que creas, yo no te he tendido una trampa.

–Eso ya se verá. Y ahora, si no vas a tomar ese taxi, lo aprovecharé yo.

Zak se alejó hacia el vehículo y entró en él sin mirar atrás. Tyler respiró hondo y volvió a pensar que mataría a Perry en cuanto le pusiera las manos encima. Pero antes, le iba a decir unas cuantas cosas.

Una hora después, cuando entró en la redacción del periódico, su humor no había mejorado. Como no quería gastar dinero, se había visto obligada a tomar el metro. Y ni su vestido rojo de Vera Wang ni sus zapatos de aguja eran la indumentaria más adecuada para viajar en transporte público. Los hombres no le habían quitado la vista de encima.

–¿Qué demonios te ha pasado?

Bill Graham apartó la mirada de la pantalla del ordenador y la clavó en ella.

–¿Has visto a Perry?

Bill sacudió la cabeza.

–No. Se supone que debería estar contigo.

–Se supone.

Tyler se sintió aliviada. Al menos, Perry no había llevado las fotografías a la redacción. Pero había destrozado su velada con Zak y arruinado la posibilidad de que le presentara al mismísimo Calum McQuire.

–Por cierto, ¿adónde vas con ese aspecto? –preguntó su jefe.

–A casa.

Bill sacó la cartera y le dio un billete de veinte libras esterlinas.

–Anda, toma un taxi.

–¿A qué viene esto? –preguntó, extrañada.

–A que no quedaría bien que la policía detuviera a una de nuestras periodistas al tomarla por una prostituta.

–Pero…

–No te preocupes, no es un regalo. Lo cargaré a tus gastos.

Tyler se había quedado atónita. Hasta ese momento, no se le había ocurrido que alguien la pudiera tomar por una prostituta. Pero no podía negar que llevaba un vestido extraordinariamente provocativo para andar por la calle.

–Dios mío, Tyler, era una broma… Estás muy guapa –dijo Bill con exasperación–. Y ahora, hazme el favor de marcharte de aquí. Tengo trabajo que hacer.

Tyler salió del periódico con las veinte libras esterlinas y se subió a un taxi; pero en lugar de dar la dirección de su casa al conductor, le dio la dirección del piso de Perry.

Mientras el coche avanzaba por la ciudad, ella pensó en su breve encuentro con la mujer rubia. Solo se habían visto una vez, pero no la habría podido olvidar. Era Jane Morrow, la persona que le había dado la pista que la llevó a descubrir la historia de Jinx Nixon.

Obviamente, Morrow tampoco la había olvidado a ella. A fin de cuentas, había perdido su empleo en la editorial donde trabajaba por haberle dado esa pista.

Por suerte, Zak no la había reconocido. Pero cabía la posibilidad de que se acordara de Morrow más tarde, en cuyo caso tendría problemas. Indudablemente, llegaría a la conclusión de que el encuentro no había sido fortuito y de que, una vez más, estaba colaborando con ella para escribir alguna historia sobre Jinx o el propio Nik Prince.

De ser así, jamás creería en su inocencia.

Sin embargo, Tyler estaba más preocupada por otra cosa. Lejos de haber desaparecido, su encaprichamiento adolescente con Zak amenazaba con convertirse en una emoción más duradera y más profunda.

Una emoción que ni siquiera se atrevía a nombrar.

Una emoción demasiado peligrosa.

–¿Se puede saber por qué sonríes?

Zak estaba de mal humor cuando abrió la puerta de la suite a la mañana siguiente. Lo estaba por lo que había ocurrido después de la cena y por haber ido solo a la fiesta de Calum, donde se convirtió en objetivo de un montón de mujeres. Todas, preciosas; y todas, dispuestas a acostarse con él. Pero no se había marchado con ninguna, porque sus pensamientos volvían constantemente a Tyler.

Por mucho que le molestara, había cometido el peor de los pecados. Se había dejado seducir por la periodista que en ese momento le sonreía.

–¿Por qué no iba a sonreír?

Zak estuvo a punto de soltar un gemido. Tyler se había puesto unos

pantalones militares de color negro y una camiseta blanca ajustada, sin sujetador debajo.

–*The Daily Informer* no ha publicado ninguna fotografía nuestra –continuó.

–Ya me había dado cuenta. Es evidente que conseguiste hablar con tu novio e impedir que la publicaran.

Tyler se ruborizó sin poder evitarlo. Zak insistía en decir que Perry era su novio.

–Te aseguro que Perry no publicaría ninguna fotografía tuya sin pedirte antes permiso. Admito que anoche fue demasiado lejos, pero no tiene importancia.

–¿Que no tiene importancia?

–Claro que no. Hablé con él y me dijo que…

–¿Qué te dijo, Tyler? –la interrumpió–. ¿Que no tenía intención de llevar la fotografía al periódico? ¿Que solo estaba recopilando material para esa exclusiva de la que no dejas de hablar?

–Bueno…

–¿Y cuándo te lo dijo? ¿Antes o después de llevarte a la cama?

Tyler lo miró con furia.

–¡No tienes ningún derecho a decirme esas cosas!

La respiración de la periodista se había acelerado tanto que sus pechos bajaban y subían de un modo extraordinariamente sensual, pero Zak sacó fuerzas de flaqueza y se obligó a mirarla a los ojos.

–¿Ah, no? ¿Seguro que no?

La agarró del brazo, la metió en la suite y cerró la puerta. Después, alcanzó un periódico y lo sacudió delante de la cara de Tyler.

–¡Creo que esto me da derecho a decirte lo que me venga en gana!

Tyler parpadeó y alcanzó el periódico con timidez mientras él se metía las manos en los bolsillos para no caer en la tentación de agarrarla por los hombros y zarandearla.

El periódico estaba abierto por una columna de la sección de ecos de sociedad. Una columna que había molestado terriblemente a Zak; pero no por lo que habían escrito en ella, sino porque la noche anterior se había dado cuenta de que Tyler le gustaba mucho, de que adoraba su cuerpo, su sentido del humor, su inteligencia y su franqueza. Y la lectura de aquellas palabras había sido una profunda decepción para él.

Hablando de amor, parece que Zak Prince, el príncipe de los príncipes, se ha buscado una nueva y misteriosa mujer. Anoche se les

vio juntos en el O'Malley, el famoso local de moda; y por la forma en que se miraban, es evidente que mantienen una relación muy especial. ¿Será posible que, por primera vez en su vida, Prince esté pensando en casarse?

Cuando terminó de leer, Tyler le devolvió el diario y dijo:

–No entiendo nada. Este no es mi periódico…

–Ya lo sé. Reconozco que mantuviste tu promesa de no publicar las fotografías de tu amigo en el medio para el que trabajas… pero solo la mantuviste en parte, ¿verdad? Hablaste con una colega de otro periódico y le diste la primicia.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿Piensas que yo tengo algo que ver con ese artículo?

–No sé qué pensar, Tyler. ¡De hecho, me he esforzado por no pensar desde que, a las siete y media de esta mañana, me subieron los periódicos del día!

Zak estaba furioso. Para empeorar la situación, su hermano Rik le había llamado desde Francia para preguntar quién era la misteriosa mujer de la que hablaban en la prensa. Por lo visto, la información había llegado a Internet y se estaba extendiendo por todo el mundo.

Tyler se había quedado tan perpleja que solo fue capaz de preguntar:

–¿Estabas levantado a las siete y media?

–Sí –contestó entre dientes.

Zak prefirió no añadir que estaba levantado porque no se había acostado aún. Las fiestas de Calum eran muy divertidas; tenía tantos amigos en el mundo del cine como en el resto de las profesiones, así que siempre se entablaban conversaciones de gran interés. Y aunque Zak estaba enfadado por lo sucedido con Tyler, se tomó unas cuantas copas de champán y terminó por sumarse al espíritu agradable y distendido de la fiesta.

Volvió al hotel a las tres y media de la madrugada, pero no podía dormir y se dedicó a tomar un café tras otro, para despabilarse, mientras oía música. Al final, se hizo tan tarde que decidió esperar un poco más para leer los periódicos del día. Y cuando por fin los subieron, se sintió aliviado al comprobar que nadie había publicado ninguna fotografía de Tyler y él.

Desgraciadamente, su alivio se esfumó con la lectura de aquel artículo.

–Oh, Zak…

Zak no se podía creer que Tyler le hubiera tomado el pelo de ese modo. Se tenía por un hombre de mundo, que lo había visto todo y que conocía todos los trucos y las trampas que las mujeres usaban para ganarse su atención. Pero Tyler había conseguido que bajara la guardia; le había hecho creer que era exactamente lo que decía ser, una joven algo inocente que solo buscaba una exclusiva para un suplemento dominical.

Y quizás lo fuera, aunque eso carecía de importancia. Como buena periodista, no desaprovecharía la ocasión de hacerse famosa a su costa. Era demasiado tentador para ella.

En algún momento de aquella mañana, mientras se preguntaba qué hacer con Tyler, Zak había tomado una decisión: darle lo que quería.

Pero tendría un precio.

Capítulo 8

LA IBA a besar. Tyler se dio cuenta segundos antes de que Zak inclinara la cabeza y reclamara su boca; segundos antes de que volviera a sentir el momento que había soñado tantas veces desde su adolescencia.

Pero no lo había soñado así.

Zak estaba tan furioso que la devoraba casi literalmente y la apretaba de forma salvaje contra su cuerpo. Era una furia evidente, palpable, terrible. Tanto como el deseo que la llevó a entregarse a pesar de que su mente intentaba resistirse.

Aquello era demasiado para Tyler, que ya estaba bastante alterada por los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. Primero, se habían encontrado con Gerald en el restaurante; después, Perry había cometido la estupidez de hacerles una fotografía; más tarde, se había topado con Jane Morrow y, por último, había discutido con Perry cuando pasó por su apartamento para hablar con él.

Perry intentó disculparse. Dijo que había hecho la fotografía sin querer, que había pulsado inadvertidamente el botón de la cámara cuando se dio cuenta de que Zak estaba a punto de besarla.

Tyler escuchó sus explicaciones con escepticismo. Hasta que Perry declaró que se había enamorado de ella.

Definitivamente, era demasiado. Y ahora, Zak la besaba como castigo.

Desesperada, perdió el control y empezó a llorar.

Zak lo notó, se apartó de ella y la miró con el ceño fruncido.

–¿Qué te pasa? ¿No es esto lo que querías? Una aventura amorosa con Zak Prince… una exclusiva para tu periódico.

Ella sacudió la cabeza sin dejar de llorar.

–Yo no sé nada de ese artículo –dijo con tristeza–. Ni conozco a la persona que lo ha escrito ni la quiero conocer.

Tyler no fue totalmente sincera con Zak. Decía la verdad al afirmar que no tenía nada que ver con el artículo, pero sospechaba que la información solo podía haber partido de una persona, Jane Morrow.

Lamentablemente, no podía compartir sus sospechas con él sin darle el nombre de la sospechosa; y no le podía dar el nombre porque Zak caería en la cuenta de que Jane Morrow era la mujer con quien se habían cruzado al salir del restaurante.

–Eso es todo lo que tengo que decir, Zak. Es todo lo que sé sobre el asunto.

Zak dejó de fruncir el ceño y sonrió.

–¿Seguro que es todo?

–Seguro. Cree lo que quieras creer, porque he llegado a un punto en el que me importa muy poco lo que…

–No sigas hablando, Tyler; no lo estropees –dijo Zak con humor–. ¿Quieres que te pida disculpas?

Ella parpadeó y lo miró con desconfianza. Ni siquiera sabía si se quería disculpar por haberla besado o por haberla acusado injustamente.

–Eso lo tienes que decidir tú, ¿no te parece?

Zak asintió.

–Está bien. Te pido disculpas. De todo corazón.

A Tyler le pareció el colmo. Era la primera vez en su vida que le pedían disculpas y desconocía el motivo.

Un momento después, él alzó una mano con intención de acariciarla y ella se apartó, asustada. Zak tardó unos segundos en comprender lo que ocurría. Se había excedido al besarla de ese modo; se había propasado tanto que casi le extrañó que no saliera corriendo.

–Te he hecho daño… –susurró.

Volvió a alzar la mano, lentamente, y le pasó el pulgar por los labios.

Tyler sintió una descarga de placer que se mezcló con el dolor que sentía por su desconfianza en el aspecto personal y en el profesional. Ella no tenía nada que ver con lo que había publicado aquel periódico;

estaba buscando una historia sensacional sobre Zak y no se habría arriesgado a perderla por un simple cotilleo.

Pero pensó que, en el fondo, había tenido suerte. Si el autor del artículo hubiera publicado su nombre, alguien podría haberse dado cuenta de que Tyler Wood era en realidad Tyler Harwood. Nadie sabía que se había cambiado el apellido al mudarse a Inglaterra para que no la asociaran con su rica y famosa familia.

–Lo siento de verdad, Tyler. Por mucho que me hayas provocado, mi comportamiento ha sido inexcusable.

–¿Por mucho que te haya provocado? –repitió Tyler con indignación.

Él sonrió.

–Bueno, puede que no fuera tu intención. Quizás te he interpretado mal.

–Eso está mejor, aunque…

–¿Aunque?

Tyler tragó saliva y lo miró a los ojos. Sus caricias la estaban volviendo loca. Sentía un calor intenso y las piernas le empezaban a flaquear.

–Sería aún mejor si me besaras –contestó.

Zak se quedó sorprendido.

–¿Quieres que te bese?

Ella asintió con la cabeza.

–Sí.

No estaba segura de lo que estaba haciendo, pero lo iba a hacer de todas formas. Sabía que el Zak que la había besado unos minutos antes como si la estuviera castigando no era el verdadero Zak Prince; solo era un hombre enfadado por lo sucedido; un hombre que, además, se acababa de disculpar con ella.

–¿Estás segura, Tyler? –Zak arqueó una ceja–. Mira que estoy muy excitado…

Tyler era perfectamente consciente de ello. Lo notaba en sus ojos de color azul cobalto, que se habían oscurecido de repente, y lo notaba en el contacto de sus piernas, tensas por el deseo.

Se humedeció los labios y, al hacerlo, le lamió el pulgar.

Estaba jugando con fuego, pero se dijo que ya se había quemado muchas veces desde que decidió renunciar a todo para marcharse a Inglaterra y que, si se quemaba una más, no tendría importancia.

Cuando los labios de Zak tocaron los suyos, se supo perdida.

Pasó los brazos alrededor de su cuello y se frotó de forma inconsciente contra él. Zak le puso las manos en la espalda y, tras unos momentos de caricias, se las metió por debajo de la camiseta y las llevó hasta sus senos desnudos.

Tyler soltó un gemido ahogado. Zak le acarició los pezones lenta y eróticamente, provocándole una sucesión de oleadas de placer que, poco a poco, se volvió casi insoportable.

No había sentido nada parecido en toda su vida. Su excitación era tan abrumadora que empezó a temblar sin poder evitarlo. Súbitamente, lo único que le importaba en el mundo era Zak y la increíble pasión que desataba en ella.

Momentos después, Zak le empezó a lamer y a succionar los pezones. Primero capturó uno y luego, el otro. Los succionó con fuerza, arrastrándolos profundamente hacia el cálido interior de su boca. Y justo entonces, llamaron a la puerta.

–¿Quién diablos… ?

Zak gimió, la soltó a regañadientes y le bajó la camiseta.

–Lo siento, pero están llamando –continuó.

Tyler le lanzó una mirada llena de confusión. Él caminó hacia la puerta de la suite y abrió con cara de pocos amigos.

–¿Sí?

El hombre que estaba al otro lado era un joven al que Zak no había visto nunca.

–Soy David Miller, señor Prince.

–¿David Miller?

–He venido por la columna que ha aparecido hoy en el periódico de…

Zak comprendió que era un periodista e intentó cerrar la puerta, pero no fue lo suficientemente rápido. No pudo impedir que se asomara y viera a Tyler.

–¿Esa es la mujer misteriosa? –preguntó el joven–. Eh, espera un momento… Tu cara me suena de algo…

Zak cerró al fin y se giró hacia Tyler, que se había puesto roja como un tomate.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó, disgustado–. Ese tipo, Miller, ha dicho que te conoce. ¿Es verdad?

Tyler respondió con tono de preocupación.

–Bueno, no se puede decir que me conozca, pero…

–¿Pero?

–Nos presentaron brevemente hace unos meses, en una conferencia de prensa.

Él suspiró.

–¿Quién os presentó?

Ella sacudió la cabeza.

–No me acuerdo…

Zak se preguntó si era cierto que no se acordaba o si, por el contrario, se acordaba perfectamente y no lo quería reconocer.

Fuera como fuera, la aparición de Miller había destrozado su interludio amoroso y lo que hubiera podido pasar más tarde. A Zak le pareció tan sospechoso que consideró la posibilidad de que Tyler y él lo hubieran preparado para tenderle una trampa, pero desestimó la idea con rapidez. Tyler no podía saber que la iba a besar y que las cosas se les iban a escapar de las manos. Ni él mismo lo sabía.

–¿Crees que te ha reconocido?

–¿Cómo lo voy a saber? No soy adivina.

Zak asintió. Minutos antes, había estado a punto de llevársela a la cama y de hacerle el amor durante horas o, mejor aún, durante días. Se había dejado llevar por el deseo y tal vez había cometido un error, porque seguía sin estar seguro de que Tyler Wood fuera digna de su confianza.

–¿Y qué piensas hacer al respecto, Tyler?

Ella lo miró sin entender.

–¿Hacer? ¿Yo?

–Sí, tú –contestó Zak con firmeza–. Dices que sabes quién es, así que también sabrás para qué periódico trabaja.

–Sí, claro que lo sé. Pero no pretenderás que empiece a hacer preguntas por ahí…

–¿Por qué no?

–Porque despertaría sospechas.

–Eso no es problema mío.

–¡Ni mío! –protestó ella.

–¿Estás segura de eso? –declaró Zak, sarcástico–. ¿Te da igual que tu cara y tu nombre aparezcan asociados a los míos en un tabloide?

La expresión de pánico de Tyler fue tan evidente y tan extrañamente exagerada en relación con lo sucedido, que Zak tuvo la

absoluta certeza de que ocultaba algo.

Por supuesto, no sabía qué. Pero lo iba a averiguar.

–Vamos, Zak.. –Tyler se recuperó rápidamente del susto–. Mi presencia en tu suite es perfectamente lógica. Estoy trabajando, ¿recuerdas? Hablaré con David y le explicaré la situación.

Zak le dedicó una sonrisa sin el menor asomo de humor. Aunque Tyler pensara que su presencia en la suite se podía explicar por un simple asunto de negocios, ella había dejado de ser una periodista para él y se había convertido en algo muy distinto. Probablemente, desde que vio sus ojos de color chocolate por primera vez.

–Supongo que no es mala idea. Muy bien, habla con Miller. Pero será mejor que lo hagas cuanto antes, ¿no te parece?

Tyler frunció el ceño al comprender lo que había querido decir.

–¿Quieres que me marche?

Él asintió.

–Sí, quiero que te marches.

Zak necesitaba que se alejara de allí. Porque si se quedaba, lo olvidaría todo, la empezaría a besar de nuevo y le haría el amor.

Tenía que marcharse. De inmediato.

Y con un poco de suerte, él recobraría el control de sus emociones y no volvería a dejarse dominar por ellas cuando se encontraran otra vez.

Tyler Wood había conseguido lo que ninguna mujer había conseguido hasta entonces; había logrado que quisiera besarla y zarandearla al mismo tiempo. Pero sería mejor que se abstuviera de lo uno y de lo otro hasta que supiera algo más de ella.

Al parecer, Tyler era realmente la mujer misteriosa que habían mencionado en aquel artículo, aunque no en el sentido que su autor le había dado. Conocía a hombres del nivel social de Gerald Knight y los conocía bien, como había demostrado el diseñador al tratarla como si fuera una vieja amiga, con una complicidad que no habría dedicado a una simple reportera.

Además, también estaba el asunto de su relación con Perry, el fotógrafo, que, por lo que había oído, era más que platónica.

Y a pesar de todos los contactos de Tyler, nadie parecía saber nada de ella. Nada, salvo el hecho de que se había presentado en Inglaterra seis meses atrás con intención de abrirse camino en el mundo de la prensa.

Zak necesitaba respuestas para las preguntas que se empezaban a acumular. Necesitaba saber qué había hecho durante los veinticinco años anteriores de su vida. Necesitaba saber de dónde era, qué amigos tenía y cómo se llamaban sus padres. Pero sobre todo, necesitaba saber cómo era posible que ninguna de las personas a las que Tyler había conocido en Inglaterra tuviera más respuestas sobre ella que él mismo.

Tyler ocultaba algo.

No había ninguna duda.

Capítulo 9

TYLER estaba comiendo con Gerald Knight en un restaurante. Su encuentro matinal con Zak le había dejado la sospecha de que tenía intención de investigarla, de modo que llamó al diseñador y quedó con él para asegurarse de que Zak no descubriría nada cuando empezara a hacer preguntas.

Las cosas habían cambiado tanto que, en menos de veinticuatro horas, el actor había dejado de ser el entrevistado y se había convertido en el interrogador.

–Tengo que pedirte un favor, Gerald.

–¿De qué favor se trata?

–Si Zak Prince se pone en contacto contigo, espero que no le des información sobre mi vida privada.

Gerald arqueó sus oscuras cejas.

–¿Qué entiendes por vida privada?

–Oh, vamos…

–Lo pregunto en serio. ¿Me estás pidiendo que no le hable de Rufus? ¿O que no le diga que tu verdadero nombre es Tyler Harwood?

Antes de responder, Tyler echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando.

–Las dos cosas. Lo de Rufus no es asunto suyo y, en cuanto a mi identidad, Zak jamás me respetará como periodista si descubre quién soy.

Gerald soltó una risita.

–No sabes cuánto me gustaría estar presente el día en que Rufus y

Zak se conozcan –le confesó.

–No se llegarán a conocer.

–Yo no estaría tan seguro de eso, querida Tyler.

–¿Por qué lo dices?

–Porque es obvio que le interesas mucho –respondió el diseñador con humor–. Y no lo digo solo por el artículo que ha aparecido en la prensa, sino también por la forma en que te mira.

Ella se ruborizó.

–Te equivocas.

–¿Ah, sí? –ironizó Gerald, que aquella tarde llevaba un traje de color crema con una camisa amarilla.

–Le estoy entrevistando… entre nosotros no hay nada.

–Si tú lo dices…

–Prométemelo, Gerald. ¡Por favor!

Él la miró un momento y asintió.

–Está bien. Sabes que nunca me he podido resistir a tus preciosos ojos.

Tyler sintió un inmenso alivio. Eliminado el problema de Gerald, solo tenía que localizar a David Miller e intentar convencerle para que le dijera quién le había hablado de su relación con Zak. Cabía la posibilidad de que Jane Morrow fuera la responsable; quizás había acudido a él con intención de hacer más daño a la familia Prince. Pero en cualquier caso, necesitaba salir de dudas.

Además, tenía otro motivo de peso para concentrarse en sus problemas. Un motivo muy especial: mientras se concentrara en ellos, no pensaría en las caricias de Zak ni en el tórrido y sensual camino que habían tomado sus propios pensamientos.

Y lo consiguió.

No pensó en él ni una sola vez en toda la tarde.

Hasta que llegó a la redacción del periódico y descubrió que Zak estaba hablando con Bill Graham en su despacho.

Se llevó tal susto que se le doblaron las piernas y se tuvo que apoyar en una mesa para mantenerse en pie. Pero la presencia de Zak no era lo peor. Aunque no podía oír lo que decían, vio que la puerta del despacho estaba cerrada y que Bill se estaba riendo por algo que el actor le había dicho.

Aquello no auguraba nada bueno. Porque Bill nunca cerraba la puerta de su despacho y nunca, en ninguna circunstancia, se reía.

Todavía se estaba recuperando de la impresión cuando Callie Rhodes, una reportera de la sección de moda del periódico, le guiñó un ojo desde la mesa a la que estaba sentada y declaró con una sonrisa:

–Está aún más bueno en carne y hueso, ¿verdad?

Tyler se ruborizó al recordar la carne y los huesos de Zak, que ya había tenido ocasión de sentir en un par de ocasiones.

–Qué suerte tienes –dijo Kelly Adams, otra compañera, cuando pasó por delante de ella.

Tyler siguió andando sin hablar. Estaba demasiado preocupada como para prestar atención a sus colegas del periódico. Sabía que tendría problemas muy graves si Zak había ido a ver a Bill para quejarse por sus métodos.

Justo entonces, los dos hombres se levantaron de sus respectivos asientos y se estrecharon la mano con cordialidad. A continuación, Bill acompañó a Zak a la puerta del despacho y se la abrió.

Zak caminó directamente hacia Tyler y sonrió.

–Hola, Tyler.

–Hola, Zak.

Tyler esperaba que se detuviera a hablar con ella, pero siguió adelante sin detenerse.

–Adiós, Tyler…

–¡Espera un momento!

Tyler tuvo que correr para alcanzarlo antes de que llegara al ascensor, y se dio cuenta de que Callie, Kelly y el resto de las mujeres del periódico se giraban hacia el actor y se lo comían con los ojos.

–¡Zak!

Llegó justo a tiempo de impedir que entrara en el ascensor.

–¿Qué estás haciendo aquí? –quiso saber.

Él se encogió de hombros. Llevaba un traje oscuro y corbata negra.

–No quiero sonar grosero, pero ¿no te parece que eso no es asunto tuyo?

–¿Cómo que no es asunto mío? Bill Graham es mi jefe.

Zak la miró con interés.

–Sí, ya lo sé.

–¿Y entonces?

–¿Hay alguna ley que impida que hable con él?

Ella apretó los puños.

–No, no hay ninguna ley. Pero Bill… ¡es mi jefe! –repitió,

frustrada.

Zak se limitó a mirarla en silencio.

–¿Por qué querías hablar con él? ¿Le has pedido que me quite la historia? ¿Has roto nuestro acuerdo?

–¿Por qué iba a hacer eso?

A Tyler se le ocurrieron varias buenas razones para que Zak quisiera romper su acuerdo; pero naturalmente, se las calló.

–Bueno, no sé, es que las cosas se han complicado un poco y…

Zak la miró con incredulidad.

–¿Un poco? ¿Solo un poco? Tyler, todo ha sido un desastre desde que llamaste a la puerta de mi suite por primera vez.

Tyler palideció.

–No todo ha sido culpa mía… –protestó con debilidad.

–Puede que no, pero yo no tengo la culpa de nada.

Zak entró en el ascensor y añadió:

–¿Puedes cenar conmigo esta noche?

Ella se quedó perpleja. No esperaba que su conversación con Zak terminara en una invitación a cenar.

–Sí, claro…

–Excelente –dijo él mientras pulsaba el botón de la planta baja–. Ah, y si tienes otro vestido de Vera Wang, te recomiendo que lo dejes para el sábado por la noche.

Tyler lo miró con desconcierto. No sabía qué pasaba el sábado por la noche. Nadie había dicho nada del sábado.

–Entonces, hasta luego. Te espero en mi hotel a las ocho.

La puerta del ascensor se cerró y Tyler se quedó en el pasillo, preguntándose cómo había perdido el control de la conversación.

Pero era una pregunta absurda y lo sabía. No podía haber perdido el control de una conversación que no había controlado en ningún momento. Ni siquiera había entendido la mitad. Zak se había ido sin darle explicaciones de nada relevante.

Lo del sábado era un buen ejemplo. Le había pedido que, si tenía otro vestido de Vera Wang, lo reservara para entonces; pero no había dicho por qué.

Confusa, volvió a la redacción del periódico.

Kelly la asaltó por el camino y declaró:

–Es un hombre impresionante…

–Sí, lo es.

Tyler lo dijo sin pensar, pero sintió algo muy parecido a un ataque de celos. Por algún motivo, le disgustaba que otra mujer hiciera comentarios elogiosos sobre él.

Pensó que su reacción no tenía ni pies ni cabeza. Para empezar, era perfectamente normal que una mujer hiciera comentarios de ese tipo sobre un actor tan atractivo y, para continuar, ella no tenía ningún derecho a sentir celos por un hombre con el que, a fin de cuentas, no mantenía ninguna relación.

–¿Sabes quién es la mujer misteriosa con la que está saliendo?

Kelly siempre le había caído bien a Tyler. Le caía bien en calidad de periodista y de persona. Pero la odió con todas sus fuerzas.

–Dudo que esa persona exista –respondió con una sonrisa forzada–. Sospecho que la competencia se ha inventado un rumor para vender ejemplares.

–Ah… –Kelly pareció decepcionada, pero su decepción se transformó rápidamente en alegría–. Oh, bueno, eso significa que aún hay esperanza para el resto de las mujeres del país… Hasta luego, Tyler.

Kelly se marchó tan contenta y Tyler se quedó más perpleja que antes y enfadada con tres personas.

Con Kelly, por estar encaprichada del hombre del que ella se había enamorado. Porque por mucho que lo negara, era evidente que se había enamorado de él.

Con Zak, por haberla desconcertado con su conversación.

Y con Bill Graham, porque había hablado y reído con Zak y ella no tenía la menor idea de qué habían estado hablando.

Se sentó en el sillón de su mesa y se dijo que preguntar a Bill no serviría de nada; con toda seguridad, se negaría a darle explicaciones. Pero un segundo después, se acordó de lo que pasaba el sábado por la noche.

Era el estreno de *Gunslinger*, la última película de Zak.

Y por lo visto, quería que lo acompañara.

Poco después de las ocho de la tarde, Tyler y Zak salieron de la suite del hotel y se subieron a un taxi.

Cuando ya se habían puesto en marcha, ella dijo:

–Te agradezco la invitación, pero me temo que ya había hecho planes para el sábado por la noche.

Zak no se inmutó. Tyler podía decir lo que quisiera, pero lo iba a acompañar de todas formas. Tendría que elegir entre eso o confesarle el motivo por el que se negaba a que su nombre y su fotografía aparecieran en sus columnas del periódico. Seguramente, se trataba del mismo motivo por el que se negaba a acompañarlo al estreno.

Su día había sido muy frustrante. Todos sus intentos por averiguar algo más sobre Tyler Wood se habían estrellado contra el desconocimiento de personas como David Miller, que no sabían gran cosa de la vida de Tyler, contra la discreción de personas como Bill Graham y contra la negativa a hablar de Gerald Knight.

Al final, se le había ocurrido un truco que serviría para que la periodista le diera algunas respuestas y, tal vez, con un poco de suerte, para que le dijera de qué huía cuando se marchó de los Estados Unidos.

–Entonces, tendrás que cambiar de planes.

–Eso no es posible.

Zak se encogió de hombros.

–Pues es una pena…

–¿Una pena? –preguntó ella con desconfianza.

–Sí. A Bill Graham le gustó mucho la idea cuando se la comenté esta mañana.

Tyler lo miró con incredulidad.

–¿Fuiste a hablar con él por eso?

Zak arqueó una ceja.

–¿Es que no te ha dicho nada?

Zak lo preguntó por preguntar. Ya se había imaginado que Graham no habría hablado con ella. Tenía la impresión de que el director del periódico era uno de esos tipos que se callaban casi todo lo que sabían.

–No, no me ha dicho nada –contestó Tyler con enfado–. Por si no te habías dado cuenta, Bill no es de la clase de jefes que dan explicaciones a sus subordinados.

–Sí, me he dado cuenta; pero en cualquier caso, le ha parecido muy bien que me acompañes al estreno.

Tyler respiró hondo. Y se disponía a reiterar su negativa cuando el taxi tomó un camino privado y se detuvo delante de unas puertas de hierro gigantescas.

Zak salió del coche, pulsó varios números en el panel de mando de las puertas y volvió a entrar.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella, confusa.

–Ya lo verás.

Momentos más tarde, llegaron a una mansión victoriana de aspecto imponente. Tras pagar al taxista, Zak abrió la portezuela a Tyler y le dio la explicación que, obviamente, esperaba.

–Mi hermana, Stazy, también ha leído el artículo del periódico de esta mañana. Nos ha invitado a cenar.

Tyler gimió.

–¿Estás bromeando?

Se había quedado horrorizada ante la perspectiva de conocer a otro miembro de la familia Prince. Y no a cualquier otro miembro, sino a Stazy, la más pequeña de los hermanos Prince y la única mujer. Quien seguramente estaría más que interesada en conocer a la última conquista de su hermano.

–¿Bromeando? Créeme, nunca se me ocurriría bromear con alguien como mi hermana –contestó él mientras llamaba al timbre–. Puede que sea muy joven, pero se ha vuelto decididamente mandona desde que se casó hace un año.

Zak hablaba en serio. Aunque Stazy no había mencionado lo de la mujer misteriosa cuando lo llamó para invitarlo a cenar, él supo que la cena era una encerrona para interrogarlo al respecto. Y no quiso sufrirlo solo.

–Quizás te sientas mejor al saber que Jordan, su marido, también estará presente –siguió hablando–. Jordan Hunter, el de la cadena de hoteles Hunter Brothers.

Zak lo dijo para intentar tranquilizarla, pero por su aspecto, era evidente que no lo había conseguido. Parecía nerviosa.

Sin embargo, él solo se fijó en que estaba verdaderamente guapa. Se había maquillado un poco, se había puesto un vestido negro que le llegaba a las rodillas y se había arreglado el pelo de tal manera que no estaba de punta como siempre, sino cayendo suavemente sobre su frente y tras sus delicadas orejas.

Tyler le lanzó una mirada de disgusto. Segundos después, la hermana de Zak abrió personalmente la puerta de la mansión. Aunque Stazy era una diseñadora famosa y con mucho dinero, que además se había casado con un millonario, se negaba a tener criados permanentes en la casa.

Zak dio un paso atrás para observar mejor a las dos mujeres, que se miraron a los ojos. Le interesaba la reacción de Stazy, que nunca había

dado su aprobación a ninguna de sus novias. Pero aparentemente, Tyler le cayó bien.

–Hola, soy Tyler Wood..

–Hola, Tyler. Yo soy Stazy.

–Creo que ha habido un malentendido sobre la relación que mantengo con tu hermano –dijo Tyler con una risita nerviosa–. La mujer misteriosa de Zak no es más que una periodista que está haciendo un reportaje sobre él. De hecho, lo organizó tu hermano Nik.

–No me digas… –dijo Stazy, que lo sabía de sobra–. ¿Por qué no me lo habías contado, Zak? Si Tyler solo es una periodista, dudo que le apetezca conocer a tu familia.

Mientras Stazy los invitaba a entrar, Zak pensó que no habría ido sin Tyler en ningún caso. En primer lugar, porque quería estar con ella y, en segundo, porque realmente había olvidado que Tyler era una periodista cuando su hermana lo llamó por teléfono. Aquella mujer menuda y preciosa se había ganado su corazón.

–Claro que le apetece… ¿Verdad, Tyler? Además, ya sabes que nunca me pierdo una cena gratis –bromeó.

Stazy sonrió a Zak.

–Anda, ve a ver a Jordan. Yo acompañaré a Tyler al piso de arriba, para que se pueda arreglar un poco antes de cenar.

A Zak le pareció que Tyler estaba perfectamente arreglada; tanto que no le podía quitar la vista de encima. Pero no puso ninguna objeción.

–Está bien…

Dejó a las mujeres y se dirigió al salón. En cuanto viera a su cuñado, le pediría un whisky con soda.

Un whisky doble.

Capítulo 10

STAZY Hunter no esperó mucho. Acababa de cerrar la puerta del cuarto de baño cuando se giró hacia Tyler y la miró con cara de pocos amigos.

–Te concedo cinco minutos para que me expliques por qué te haces pasar por una periodista llamada Tyler Wood. Y no te molestes en negarlo, por favor. Sé quién eres. Tu verdadero apellido es Harwood.

Tyler se quedó horrorizada. Stazy la miraba fijamente, con toda la dureza de los Prince, que ya había tenido ocasión de sufrir en propia carne. Su sonrisa se había esfumado y en sus ojos grises no había el menor rastro de calidez.

Tyler necesitaba encontrar una forma de salvar la situación. Hasta entonces, había conseguido vivir en Inglaterra sin que nadie descubriera su identidad. Pero lamentablemente, eso estaba a punto de cambiar.

–Y será mejor que tu explicación sea buena –continuó Stazy–. Porque si no lo es, saldré de este cuarto de baño, bajaré por las escaleras y le diré a mi hermano quién eres.

Tyler tragó saliva.

–Entonces, ¿sabes quién soy?

–Por supuesto que lo sé –bramó la otra joven–. ¡Y Zak también lo sabría si leyera la prensa del corazón de Estados Unidos! Eres una estrella en el mundo de la moda de Nueva York. Prácticamente decides lo que se va a llevar cada año.

Tyler sonrió a regañadientes.

–No, claro, Zak no lee esas cosas…

–No, no las lee –dijo Stazy con dureza–. Pero todavía estoy esperando una respuesta. Y los minutos pasan.

Tyler intentó pensar con rapidez.

No sabía qué decir. Stazy la había descubierto y tenía que convencerla de que sus intenciones, en lo tocante a Zak, eran completamente honradas.

Pero sus intenciones no eran honradas. No había conseguido ese reportaje exclusivo para publicar un artículo agradable sobre el famoso actor, sino para descubrir algo escandaloso que ofrecer a sus lectores.

Solo tenía una posibilidad. Como el reportaje de Zak no tenía nada que ver con los motivos que la habían llevado a mudarse a Inglaterra y cambiarse el apellido, decidió decirle la verdad al respecto y ahorrarse el resto de las explicaciones. Con un poco de suerte, la convencería y evitaría el desastre.

Tyler empezó a hablar de forma dubitativa y terminó como un torrente. Quizás, porque estaba harta de guardar el secreto y necesitaba contárselo a alguien; o quizás, porque Stazy mantuvo la misma mirada implacable hasta que terminó la narración.

De hecho, ni siquiera parpadeó. Se limitó a escuchar sin decir absolutamente nada ni dar ninguna indicación sobre lo que pensaba al respecto.

–Al final, tuve una discusión muy fuerte con mis padres porque me habían organizado un matrimonio de conveniencia –concluyó Tyler–. Así que hice el equipaje, compré un billete de avión a Londres… y aquí estoy.

Stazy siguió en silencio.

–Como ya te habrás imaginado, me cambié el apellido porque es demasiado famoso en las dos orillas del Atlántico. No quería que me dieran un trabajo por mi familia ni arriesgarme a que me rechazaran por pensar que solo soy una niña mimada y sin cerebro.

–Eso no explica por qué has engañado a Zak.

–Por la misma razón. Pensé que, si sabía quién era en realidad, no me tomaría en serio como periodista… aunque en ese sentido no he tenido mucho éxito. No me toma en serio de ninguna forma.

Stazy sacudió la cabeza.

–Sí, eso es típico de mi hermano.

Tyler no dijo nada.

–Aunque no lo creas, yo hice algo muy parecido a lo que has hecho tú. Hasta me cambié el nombre –explicó Stazy–. ¡Imagina vivir con tres hermanos que están convencidos de saber lo que te conviene! Puede llegar a ser insoportable… Pero me parece asombroso que Zak no haya sospechado de ti. ¿Seguro que no sabe quién eres?

Tyler sacudió la cabeza.

–No, seguro que no.

–Umm… bueno, en ese caso, no seré yo quien se lo diga.

Los ojos de Tyler brillaron de esperanza. Aunque le parecía demasiado bueno para ser verdad.

–¿Estás hablando en serio? ¿No se lo vas a decir?

–De momento, no. Pero si la situación cambia y llego a la conclusión de que Zak necesita saberlo, se lo diré. No quiero que le hagan daño.

–Yo no le haré daño.

Tyler fue completamente sincera; al menos, en cuanto a su verdadera identidad. El motivo por el que se había cambiado de apellido no tenía nada que ver con Zak y, en principio, no le debía afectar de ninguna manera.

–¿Estás segura de eso? –Stazy la miró con desconfianza–. Zak ha salido con muchas mujeres y nunca había venido a cenar con ninguna.

–Si yo no estoy saliendo con él… –protestó Tyler, ruborizada–. Como ya te he dicho, solo le estoy entrevistando para un reportaje.

Stazy no pareció muy convencida.

–En cualquier caso, espero que seas consciente de que Zak es mi hermano y de que, para mí, él es lo primero.

–Como es lógico –Tyler asintió–. Pero puedes estar segura de que Zak no va a sufrir ningún daño por no saber quién soy.

Tyler también fue sincera en esa ocasión. Aunque habría sido capaz de prometer cualquier cosa con tal de que Stazy no le contara la verdad.

–Bien, será mejor que bajemos. Han pasado más de cinco minutos y los hombres se estarán preguntando dónde nos hemos metido.

Los hombres no se estaban preguntando nada o, por lo menos, no lo parecía. Cuando Stazy y Tyler entraron en el salón, los descubrieron charlando y riendo animadamente.

Stazy hizo las presentaciones oportunas y, tras un principio algo difícil, Tyler empezó a disfrutar de la conversación, que fluía con naturalidad. Evidentemente, Zak mantenía una magnífica relación con

los Hunter, que estaban muy enamorados. De hecho, fue la velada más relajada y divertida que había pasado Tyler desde que se mudó a Inglaterra.

Cuando terminó, pidieron un taxi y se despidieron de sus anfitriones. Durante el camino de vuelta, Tyler decidió dar las gracias a Zak.

–Te agradezco que me invitaras a cenar en casa de tu hermana. Stazy y Jordan son encantadores.

Zak la miró con ironía.

–Por supuesto que Stazy es encantadora. Es mi hermana. ¿Qué otra cosa podía ser?

–Yo no he insinuado que no sea… –empezó a decir Tyler–. Ah, espera un momento, me estás tomando el pelo, ¿verdad?

–Solo un poco. Pero dime, ¿de qué habéis estado hablando en el cuarto de baño? Habéis tardado mucho.

Zak lo dijo en un tono absolutamente inocente; incluso sospechosamente inocente desde el punto de vista de Tyler. Sin embargo, se dijo que no tenía motivos para preocuparse. Stazy le había prometido que no le diría quién era y durante la velada no había ocurrido nada que la hubiera inducido a cambiar de decisión.

–De moda y de cosas así… de cosas que a los hombres no les interesan.

–¿No crees que estás siendo un poco sexista? Hay muchos hombres interesados en la moda. Piensa en Gerald, por ejemplo.

A Tyler le saltaron todas las alarmas.

–¿En Gerald?

Zak asintió.

–Sí, claro. La moda femenina le interesa mucho.

–Solo porque es diseñador –le recordó ella–. Pero eso no afecta a mi afirmación de que, en general, los hombres se aburren con las conversaciones de moda…

–Y de cosas así, según has dicho.

–En efecto. Y de cosas así.

–Es cierto. No nos suelen parecer interesantes.

Tyler se quedó desconcertada. En apariencia, solo habían tenido un intercambio de pareceres sobre asuntos irrelevantes; pero cabía la posibilidad de que Zak la estuviera poniendo a prueba para sacarle algo.

–Deberías dar tu dirección al taxista –dijo él.

Tyler lanzó una rápida mirada al conductor del taxi.

–¿Mi dirección?

–Sí. Acabo de pensar que, aunque ya hemos cenado dos veces juntos, nunca he pasado por tu casa a recogerte ni te he acompañado a ella –respondió Zak con naturalidad–. Creo que es hora de cambiar eso.

Ella no dijo nada. No quería que Zak supiera dónde vivía.

–¿Qué me estás ocultando, Tyler? –preguntó él, entrecerrando los ojos–. ¿Un marido y seis niños? ¿O es que me has mentido y compartes piso con alguien?

–Yo no…

–Con Perry Morgan, por ejemplo –Zak siguió hablando como si Tyler no hubiera dicho nada.

–¡Cómo quieres que te diga que no comparto piso con Perry! ¡No comparto piso con nadie! –insistió la joven.

–Entonces, no veo dónde está el problema de que te acompañe a casa…

Tyler no se lo podía decir. El problema consistía en que aquel apartamento era su hogar, el primer hogar de verdad que había tenido en toda su vida. Y si Zak entraba en él, Tyler no podría volver a caminar por sus habitaciones sin recordar que había estado allí.

Además, había otro factor importante. Zak creía que la había convencido para que lo acompañara al estreno del sábado; pero dijera lo que dijera Bill Graham, no tenía intención de acompañarlo. De hecho, había considerado la posibilidad de esconderse en casa, posibilidad que desaparecería si Zak conocía su dirección.

Tenía que encontrar una excusa. Y antes de que abriera la boca, Zak supo que estaba buscando precisamente eso.

Se había llevado una sorpresa con el éxito de la velada en la mansión. Stazy, que nunca era amable con las mujeres que salían con sus hermanos, había hecho una excepción con ella. Quizás, porque Tyler había insistido una y otra vez en que no estaba saliendo con él.

Y eso le molestó profundamente.

Si salir con alguien implicaba pasar mucho tiempo con esa persona, era indiscutible que estaban saliendo; si implicaba besarse y acariciarse, también. A decir verdad, se habían besado y acariciado bastantes veces.

Pero, por algún motivo, Tyler no quería asumir el papel que ya

había asumido en la práctica. Por eso, Zak supo que estaba buscando una excusa para no llevarlo a su piso.

–Es que…

–¿Sí?

–No quiero llevarte allí.

Zak soltó una carcajada sin humor. Tyler ni siquiera se había molestado en buscar una excusa decente.

–No tengas miedo de herir mis sentimientos –ironizó.

–No pretendía herir tus sentimientos. Simplemente, creo que deberíamos devolver nuestra relación a un terreno profesional.

Zak pensó que no se sentía nada profesional en lo relativo a aquella mujer. Había dejado de considerarla una periodista desde que la metió en la cama después de que vomitara en la alfombra de la suite.

Cuando se quedó dormida, tenía tan mala cara como se podía esperar de una persona enferma, pero mantuvo la expresión ligeramente agresiva de costumbre, lo cual le daba un aspecto entrañable y tentador. Y por supuesto, Zak era tan vulnerable a la tentación como todos los seres humanos.

El destino le había jugado una mala pasada. Se había encaprichado de una mujer que no quería saber nada de él; de una mujer tan arrogante y quisquillosa que habría asustado a la mayoría de los hombres.

Quizás fuera por la novedad. A fin de cuentas, nunca había conocido a nadie como ella. Pero fuera cual fuera el motivo, le interesaba hasta el punto de que empezaba a creer que se había enamorado, por muy absurda que le resultara la idea. Él, un actor famoso, enamorado de una periodista de un periódico amarillista. Casi podía imaginarse los titulares de la prensa. Sería un escándalo.

–¿Devolver la relación a un terreno profesional? Y dime, ¿hasta cuándo va a durar esa relación profesional? ¿Cómo llevas el artículo?

Para sorpresa de Zak, Tyler se ruborizó un poco. Bill Graham le había asegurado que lo del reportaje era verdad y que, efectivamente, se iba a publicar en el suplemento dominical del periódico. Pero por el rubor de Tyler, solo cabían dos opciones: o Bill Graham le había mentido o ella se sentía avergonzada por su falta de habilidad profesional.

Sin embargo, le pareció normal que Tyler no estuviera haciendo un gran trabajo. Entrevistar a un hombre que se empeñaba en besarla debía

de ser difícil. Un hombre que la habría besado en ese mismo momento si hubiera podido, porque estaba impresionante con el vestido negro que había elegido para la cena.

Al pensar en el vestido y en el efecto que causaba en él, se acordó del acceso de celos que había sentido por culpa de Jordan. De no haber sabido que estaba profundamente enamorado de Stazy, le habría dado un puñetazo en la nariz por haberse mostrado tan agradable y tan encantador con Tyler.

–En realidad, no se puede decir que haya mucho –contestó ella–. Por eso, sugiero que dediquemos el día de mañana a avanzar con el reportaje… he preparado una lista de preguntas y me gustaría que les echaras un vistazo.

A Zak le pareció bien y mal al mismo tiempo. Bien, porque podría pasar el día con ella; mal, porque le disgustaba la idea de leer una lista de preguntas.

–¿No crees que un montón de preguntas preparadas quedarán demasiado rígidas en el reportaje? –preguntó.

Zak no estaba interesado en el reportaje. Hizo el comentario porque, sin darse cuenta, Tyler había dado en el clavo del problema que siempre había intentado ocultar.

Durante su adolescencia, su rendimiento escolar era tan malo que todo el mundo lo tomó por un rebelde sin remedio. Tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que no se aburría en clase y se metía en líos porque fuera un rebelde, sino porque los libros de texto le resultaban incomprensibles.

Tenía dislexia. Un estado que le diagnosticaron cuando ya era un adulto y que, naturalmente, dejó de ser un problema tras recibir tratamiento. Pero todavía tenía problemas para leer. Y aunque lo hubiera superado en general, no quería que un suceso que había sido tan doloroso y tan problemático para él fuera de conocimiento público.

–Bueno, creo que soy capaz de escribir un artículo de tal forma que no se note que las preguntas estaban preparadas –declaró ella.

–Eso espero…

Justo entonces, el taxi se detuvo delante del hotel.

–¿Quieres subir un rato? –preguntó Zak.

–Si no te importa, preferiría irme.

Zak pagó al taxista y se giró hacia ella.

–¿Y si me importa?

Ella lo miró a los ojos.

–Me iré de todos modos.

Zak soltó una carcajada sin poder evitarlo. Como en tantas ocasiones, no supo si besarla o zarandearla.

–Eres una mujer obstinada, Tyler Wood.

Tyler sonrió.

–Ya sabes lo que dicen, ¿no?

–¿Qué?

–Que a un cabezota solo lo reconoce otro cabezota.

Él arqueó una ceja.

–¿Crees que soy un cabezota?

Ella volvió a sonreír.

–Creo que eres muchas cosas, sí. Y entre ellas, un hombre terco como una mula.

Zak también volvió a reírse.

–Si subes conmigo a la suite, tendrás la oportunidad de decirme algunas de esas otras cosas que crees que soy…

–Que sé que eres –puntualizó Tyler–. Pero mi respuesta sigue siendo negativa.

Él se encogió de hombros.

–Bueno, tenía que intentarlo.

Zak quería hacer más que intentar convencer a Tyler para que subiera a la suite. Mucho más. Ese era el problema. Pero supuso que sería mejor que refrenara sus instintos hasta que averiguara quién era Tyler Wood en realidad y si le estaba esperando alguien en los Estados Unidos.

Por lo menos, eso era lo que le decía su parte más racional; porque la otra, la que ardía en deseos de tomarla entre sus brazos, llevarla a la suite, tumbarla en la cama y hacerle el amor, quería mandar la cautela al infierno.

–No me malinterpretes, Zak; no me parece mal que lo intentes –Tyler suspiró–. Pero la noche ha sido larga y necesito descansar… ¿de acuerdo?

Zak no estaba de acuerdo. No lo estaba en absoluto.

Pero ya la conocía lo suficiente como para saber que insistir no serviría de nada.

–Está bien… –Zak se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios–. Gracias por la velada, Tyler. Ha sido muy divertida.

Era la verdad; había disfrutado mucho de su compañía. Aunque él habría preferido que la noche terminara de un modo más apasionado.

–Buenas noches, Zak.

–Buenas noches, Tyler. ¿Nos vemos mañana a la misma hora?

Ella asintió.

–A la misma hora.

Zak salió del vehículo y se quedó en la calle, mirando, hasta que el taxi desapareció en la distancia.

Capítulo 11

OH, NO! ¡Otra vez no! Tyler se quedó atónita al ver el periódico que Bill Graham acababa de plantar encima de la mesa.

Había ido a la redacción a primera hora de la mañana porque quería revisar su correo electrónico y hacer algunas consultas antes de tomar el metro para dirigirse al hotel de Zak. No esperaba encontrarse con otro problema. Sobre todo, con uno tan grave.

El diario, un medio de la competencia, había publicado en primera página una fotografía en la que salían Stazy, Jordan Hunter, Zak y ella misma. Se la habían sacado al final de la velada, cuando salieron de la mansión y se despidieron.

–¿Cómo es posible que nos hicieran esa foto? –continuó, desesperada.

Tyler puso una mano sobre la imagen, como si así pudiera expulsarla de la realidad. Pero desgraciadamente, no podía. Era un periódico de tirada nacional, lo cual significaba que se había distribuido por todo el país y que la fotografía ya se habría visto en medio mundo. Estados Unidos incluido.

–Esa no es la pregunta importante –dijo Bill.

–¿Qué quieres decir?

–A mí me gustaría saber cómo es posible que la competencia tenga esa fotografía y nosotros no la tengamos. ¿Se puede saber dónde diablos se había metido tu novio? ¿Por qué no estaba haciendo su trabajo?

–Perry no es mi novio –contestó ella mientras miraba la imagen con

más detenimiento–. Por el ángulo de la foto, parece que el fotógrafo se había subido a una tapia o algo así…

–¡A quién rayos le importa dónde se había subido! –estalló el director–. ¡Han publicado una foto y nosotros no!

Tyler sacudió la cabeza.

–No deberías enfadarte, Bill. Nos hemos evitado un problema… Cuando Stazy y Jordan Hunter vean esto, presentarán cargos contra el periódico en cuestión.

–Como si eso les fuera a servir de algo –se burló Bill–. Tyler, si te has enrollado con ese hombre, no entiendo que…

–¡No me he enrollado con Zak Prince!

Bill la miró con exasperación.

–Está bien, lo diré de un modo más suave. Si mantienes una relación con…

–Tampoco mantengo una relación.

–Tyler…

–Bill, tú sabes perfectamente por qué estoy con él.

–Sí, lo sé. ¡Y no está sirviendo de nada! –bramó el director–. Por el aspecto que tienes en esa fotografía, parece evidente que estás tan ocupada con Zak Prince, desde un punto de vista romántico, que has olvidado tus obligaciones profesionales.

Tyler se dijo que su jefe tenía razón. No estaba haciendo su trabajo. Incluso pensó que Rufus había acertado al afirmar que carecía del carácter necesario para ser periodista y que sería mejor que se buscara otra profesión.

De repente, Bill suspiró y cambió de tono.

–Mira, no tengo nada en contra de que mantengas una relación con Zak Prince; a decir verdad, no es asunto mío. Pero si es verdad que la mantienes, podrías hacer algo para que nosotros seamos los primeros en publicar ese tipo de fotografías… Recuerda que trabajas para este periódico.

Bill se marchó, entró en su despacho y cerró la puerta.

Tyler volvió a mirar la foto y se preguntó si alguien la podría reconocer. Por suerte, la habían sacado cuando estaba a punto de subir al taxi y su cara no se veía con claridad; de hecho, podría ser cualquiera.

Pero tenía que hacer algo. Si Jane Morrow estaba realmente detrás de todo aquello, debía intervenir y detener su venganza contra la

familia Prince antes de que alguien saliera malparado.

–Hola, Tyler…

La voz de Perry la sacó de sus pensamientos. Tyler se giró hacia él; le había estado evitando desde que le declaró su amor y tenía miedo de que se hubiera enfadado. Pero al ver que sonreía, se alegró mucho. Perry le caía bien. Era el único amigo de verdad que había hecho en Inglaterra.

–Perry… –dijo con calidez–. Creo que Bill Graham te está buscando.

Perry miró hacia el despacho del director.

–¿Eso es bueno? ¿O malo?

Ella se encogió de hombros y se levantó del sillón mientras se preguntaba por qué se habría enamorado de un hombre tan complicado como Zak Prince en lugar de enamorarse del sencillo y encantador Perry.

–No estoy segura –respondió–, pero me temo que debo marcharme… tengo una cita esta mañana.

–¿Con Zak Prince?

Ella asintió.

–Sí. Menuda suerte la mía.

–¿Quieres que quedemos para comer?

Tyler lo miró con tristeza.

–No estoy segura de que sea una buena idea, Perry. Te llamaré, ¿vale?

Tyler seguía sorprendida por la declaración de amor de Perry. No creía haber hecho nada para animarlo en tal sentido, pero ya no estaba tan segura; sobre todo, cuando Zak y Bill habían dado por sentado, desde el principio, que Perry era su novio.

–De acuerdo.

Para alivio de Tyler, Perry no insistió.

Tras despedirse de él, salió de la oficina y se dirigió al ascensor. Su plan original consistía en localizar a Jane Morrow y averiguar si tenía algo que ver con la publicación de aquellos artículos; pero había perdido mucho tiempo con Bill y con Perry y no tenía más remedio que ir directamente al hotel.

Además, lo de Jane Morrow no le preocupaba tanto en ese momento como lo de Zak. Se imaginaba que habría visto la fotografía del periódico de la competencia y que estaría muy enfadado.

Y si no la había visto, quería ser la primera en decírselo.

Zak ya había visto el periódico.

Tyler lo supo en cuanto le abrió la puerta y la miró a los ojos. Pero jamás se habría imaginado lo que iba a decir.

–Siento haberte metido en esto, Tyler.

Ella parpadeó, perpleja.

–¿Que tú lo sientes?

–Sí. Alguien está jugando con nosotros y no me gusta nada.

Tyler casi tenía la certeza de que la persona que estaba jugando con ellos era Jane Morrow, pero no estaba preparada para sacar su nombre a colación. Durante el trayecto al hotel, había llamado a la antigua editorial de Morrow con la esperanza de que su exjefe le diera alguna información de utilidad, pero no quiso hablar de ella. En cambio, su secretaria fue algo más comunicativa; le dijo que ahora trabajaba como agente literaria.

Tyler todavía no había podido investigar esa pista, pero tenía intención de hacerlo en cuanto dejara a Zak.

–Puede que sea simple casualidad –dijo ella al entrar en la suite–. Puede que algún periodista nos viera y que aprovechara la ocasión para hacernos esa foto.

–No, no lo creo. Están siendo demasiado… insistentes, por así decirlo.

–¿Insistentes? Tal vez sea por el estreno del sábado; a fin de cuentas, es un buen motivo para que la prensa se interese por ti… Y hablando del estreno del sábado, espero que hayas encontrado a alguien para que te acompañe.

Zak la miró con humor.

–Ya tengo a alguien, Tyler. Te tengo a ti.

Tyler lo miró y pensó que adoraba a aquel hombre. Le gustaba todo de él. Le encantaba su cabello rubio, su mirada traviesa, sus rasgos duros y lo guapo que estaba con una simple camiseta vieja y unos vaqueros desgastados.

Por gustarle, le gustaban hasta sus pies. Y nunca había sido una mujer que se mostrara especialmente interesada por los pies.

–Yo no estoy hecha para ese tipo de actos, Zak.

Obviamente, Tyler mintió. Había asistido a un montón de actos como aquel en Estados Unidos y estaba más que acostumbrada. De

hecho, su presencia en ellos era tan habitual que todo el mundo se habría extrañado si se hubiera perdido un acontecimiento como el estreno de *Gunslinger*.

Al pensar en ello, se preguntó si a Zak le gustaría Tyler Harwood, una niña de la alta sociedad que podía determinar el éxito o el fracaso de una gala benéfica por el simple procedimiento de presentarse en ella o de faltar a ella.

Supuso que a Zak no le gustaría. Pero tanto si le gustaba como si no, estaba segura de que Tyler Wood tampoco le caería muy bien si llegaba a escribir un artículo escandaloso sobre él.

–¿Tyler?

Zak la miró con preocupación.

–¿Sí?

–¿Estás llorando?

Tyler pensó que estaba de broma y le faltó poco para responder con una negativa; ni siquiera se había dado cuenta de que los ojos se le habían humedecido peligrosamente. Y un momento después, cuando derramó la primera lágrima, ya no lo pudo negar.

–Maldita sea… ¡estás llorando!

Zak gimió, dio un paso hacia ella y la abrazó con fuerza.

Tyler se sintió automáticamente embriagada con su aroma y su calor. De hecho, notó una debilidad tan intensa en las piernas que se aferró a sus hombros.

–Si no quieres acompañarme al estreno, lo entenderé –susurró él con delicadeza–. Me duele tanto que llores… aunque debo añadir que estás muy guapa cuando lloras.

Tyler soltó una risita.

–¿Que estoy guapa? Debes de ser el primer hombre del mundo que encuentra guapa a una mujer de ojos enrojecidos y nariz mocosa.

–Dudo que sea el primer hombre del mundo que te encuentra guapa en estas circunstancias. Aunque detesto la idea de que otros hombres te miren.

Ella sonrió.

–Ah, así que me quieres solo para ti…

Zak frunció el ceño.

–No quiero ser la causa de tus lágrimas, Tyler. Hacerte llorar no se acerca ni lejanamente a las cosas que me gustaría hacerte.

Tyler tuvo la sensación de que su corazón dejaba de latir durante un

par de segundos. El azul de los ojos de Zak, en cuyas pupilas se podía ver reflejada, le pareció más intenso y más profundo que nunca.

Tragó saliva y dijo con inseguridad:

–¿Es que tienes una lista con las cosas que te gustaría hacerme?

–Por supuesto que tengo una lista. Y te aseguro que el beso casto que te di anoche a modo de despedida tampoco se acerca nada a lo que quiero.

Tyler sacudió la cabeza. Quizás no se acercaba nada a lo que Zak quería, pero a ella le había gustado tanto que se había dormido pensando en él.

Pensó que tal vez era porque era consciente de que le quedaba poco tiempo con Zak; porque cuando supiera que había encontrado su talón de Aquiles y que estaba dispuesta a escribir un artículo, no querría volver a verla.

En ese instante, Tyler comprendió que debía ser sincera con Zak. Podía seguir con aquella mentira y disfrutar brevemente de su relación, pero al final lo descubriría todo. Y cuando una mañana abriera las páginas de *The Daily Informer* y leyera lo que iba a publicar, su odio sería aún mayor.

–Yo también tengo una lista, Zak.

Se apartó de él, metió la mano en uno de los bolsillos de sus pantalones militares y sacó una libreta.

Él la miró con confusión.

–Toma. Léelo.

Zak miró la libreta, la abrió y empezó a leer. Al principio no entendió nada, pero al cabo de unos segundos comprendió que aquella era la lista de preguntas que había preparado para escribir su artículo.

–Sé que intimidan un poco –empezó a decir ella–, pero si nos lo tomamos con calma, estoy segura de que…

–Tyler, no me hables como si fuera un niño de seis años –protestó él.

Zak terminó de leer, cerró la libreta y la dejó sobre la mesa con un golpe seco.

–¿Qué diablos ha pasado con tus lágrimas, Tyler? Hace unos minutos estabas tan triste que llorabas en mis brazos, y ahora… Ahora vuelves a ser la profesional dura y fría de siempre, la periodista de siempre.

Tyler frunció el ceño.

–Creo que es lo mejor, ¿no te parece?

Zak se preguntó para quién era lo mejor y no encontró una respuesta.

Desde luego, no era lo mejor para él; pero tampoco creía que lo fuera para ella. Sabía que no se había equivocado con sus sentimientos. Ella también le deseaba.

Solo se le ocurrió que quizás había mentido al afirmar que no había ningún hombre en su vida. Aunque Perry Morgan no fuera su novio, aunque fuera verdad que vivía sola, cabía la posibilidad de que alguien la estuviera esperando en los Estados Unidos.

Era la única explicación racional.

–Tyler…

–Es mejor que lo dejemos de una vez, Zak –lo interrumpió ella–. No quiero mantener una relación contigo.

Zak la miró con rabia.

–¿Por qué me interrumpes todo el tiempo? Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

Su voz sonó tan dura que Tyler se estremeció. Zak no disfrutaba haciéndole daño; pero por otra parte, necesitaba herirla tanto como ella lo estaba hiriendo a él.

Lo necesitaba porque la quería. Porque en ese mismo momento se había dado cuenta de que ya no le importaba quién era Tyler Wood en realidad ni qué le estaba ocultando. Porque se había enamorado de ella.

Y era una emoción nueva para él.

Naturalmente, Zak había salido y se había acostado con muchas mujeres a lo largo de los años, pero nunca había sentido lo que sentía por Tyler. El simple hecho de saber que iba a quedar con ella, bastaba para hacerle feliz.

Pero, al parecer, Tyler no sentía lo mismo.

–Lo siento mucho, Zak –dijo ella, sin atreverse a mirarlo a los ojos–. En fin, será mejor que me marche. Porque supongo que no querrás seguir con la entrevista después de… después de lo que ha pasado.

Las palabras de Tyler solo sirvieron para que Zak se reafirmara en la convicción de que los sentimientos que albergaba hacia ella no eran recíprocos. Y al pensarlo, le pareció terriblemente irónico.

Él, Zak Prince, el soltero de oro, el príncipe de los príncipes, el hombre al que tantas mujeres deseaban, se había enamorado por fin.

Pero la mujer de la que se había enamorado no sentía lo mismo por él.

En otras circunstancias, lo habría encontrado divertido.

–Tienes razón. No quiero seguir con la entrevista.

Tyler lo miró con incomodidad.

–¿Quieres… ? ¿Quieres que vuelva mañana?

Zak se preguntó de qué serviría que volviera al día siguiente. Él no habría superado su amor por ella y ella no habría descubierto que estaba enamorada de él. Todo seguiría igual. Dolorosamente igual.

–Te llamaré por teléfono. Al periódico –añadió al darse cuenta de que no tenía su número personal.

–¿Cuándo?

–Más tarde.

–Está bien… de todas formas, hoy tengo varias cosas que hacer.

A Zak le pareció el colmo. Se había enamorado de una mujer que ni siquiera se dignaba a darle su número privado; de una mujer que quería saberlo todo sobre él y que, sin embargo, no le decía nada sobre ella.

Justo entonces, sonó el teléfono.

Zak nunca se habría imaginado que llegaría un día en que sentiría alivio cuando una llamada telefónica lo interrumpiera en plena conversación, pero lo sintió. Y por la expresión de Tyler, ella también.

–Quédate donde estás –le ordenó antes de contestar la llamada–. ¡Hola, Max! ¿Cómo llamas a estas horas? En Los Ángeles debe de ser muy tarde…

–No, no es tan tarde –respondió su amigo–. Además, me dijiste que te llamara en cuanto supiera algo de tu Tyler Wood… Pero te advierto que esto no te va a salir gratis.

–No te preocupes. Dime lo que sepas.

Zak miró a Tyler para asegurarse de que no estaba escuchando la conversación. Sin embargo, Tyler se había alejado hasta la ventana y, por otra parte, no habría podido entender nada porque Zak limitaba sus respuestas a monosílabos.

Y tenía un buen motivo para ello.

La información que Max le dio era extremadamente interesante.

–Te debo una, Max –dijo cuando su amigo terminó de hablar–. Ya me pondré en contacto contigo.

–No me digas que nuestra querida rubia está ahí… –comentó Max, adivinando lo que pasaba.

–Sí. Y es morena, no rubia.

–Y guapa, supongo.
–Mucho.
Max soltó una carcajada.
–Está bien. Ya hablaremos.
Zak colgó el teléfono y miró a Tyler, que se giró hacia él. Tras unos segundos de incómodo silencio, ella preguntó:
–¿Qué ocurre?
–Era un amigo mío. De Los Ángeles.
–¿Y?
–Me ha dicho que ninguna Tyler Wood ha escrito un artículo sobre Gerald Knight en ningún medio de Estados Unidos.
Ella palideció.
–Me has estado mintiendo, Tyler.

Capítulo 12

TYLER se quedó mirando a Zak sin saber qué pensar. –¿Me has investigado? –preguntó al fin.

Tyler ya había supuesto que Zak la investigaría, pero no estaba preparada para aquella situación. Además, no sabía hasta dónde habría llegado. Cualquiera sabía lo que su amigo de Los Ángeles habría descubierto.

–No te hagas la indignada conmigo, Tyler.

–¡No me hago la indignada! –declaró, furiosa.

Tyler se preguntó con quién se habría puesto en contacto el amigo de Zak para llegar a la conclusión de que ninguna Tyler Wood había escrito un artículo sobre Gerald Knight. No quería ni imaginarse lo que pasaría si había hablado con cierta persona.

Sin embargo, desestimó rápidamente la idea. Rufus vivía en Nueva York, no en Los Ángeles. Y aunque hubiera estado en Los Ángeles, era casi imposible que se hubiera enterado de las pesquisas del amigo de Zak. Y aunque se hubiera enterado, jamás la habría relacionado con una tal Tyler Wood.

Por desgracia, sabía que se estaba engañando a sí misma. Rufus tenía muchos contactos en los medios de comunicación; los suficientes como para que le llegara la noticia de que alguien estaba investigando al respecto. Además, Tyler Wood y Tyler Harwood no eran nombres tan diferentes.

–No tenías ningún derecho a investigar mi vida privada…

–Discúlpame, Tyler, pero yo no he investigado tu vida privada, sino

tu vida profesional –puntualizó él–. Y en estas circunstancias, creo que tengo todo el derecho del mundo. Lo cual me recuerda que todavía no has contestado a mi acusación. Me has mentido.

–Ni he contestado ni voy a contestar. Después de lo que has hecho, no tengo intención de decirte nada. De hecho, creo que será mejor que nos olvidemos de la entrevista.

Tyler sabía que renunciar a la entrevista con Zak implicaba perder su empleo en *The Daily Informer*; estaba segura de que Bill Graham la despediría de inmediato. Pero si perdía el empleo en el periódico, Zak ya no tendría motivos para investigarla y dejaría de hacer preguntas peligrosas en su país natal.

Se había metido en un buen lío. Y en un lío que resultaba especialmente irónico, porque Zak habría encontrado todas las respuestas que buscaba si le hubiera preguntado a Stazy, su hermana. Al fin y al cabo, ella sabía quién era en realidad.

–¿Qué vas a hacer, Tyler? ¿Huir?

Tyler pensó que eso era exactamente lo que iba a hacer.

Huir.

Pero no sabía adónde. No se podía ir ni a Francia ni a Alemania porque no sabía ni francés ni alemán, y con el resto de los países europeos tenía el mismo problema. La única posibilidad que se le ocurrió fue Canadá. Allí también se hablaba inglés.

–¿Tyler?

La voz de Zak la sacó de sus pensamientos.

–Te acabo de preguntar si tienes intención de huir.

–¿Y por qué quieres que conteste? Por lo visto, ya conoces todas las respuestas –contraatacó–. Averígualo tú mismo.

Tyler dudaba entre romper a llorar o darle una bofetada. En cuanto vio a Zak por primera vez, supo que tendría problemas; pero no se había imaginado que conquistaría su corazón y que, no contento con ello, también le arruinaría la carrera.

Cuando Bill Graham supiera que había fracasado, no tendría más remedio que despedirla por su incompetencia. Y le pareció lógico.

Había ido a Inglaterra para probarse a sí misma como periodista y como persona; pero hasta el momento, había renunciado a la noticia del siglo al permitir que Nik Prince jugara con sus sentimientos y había estropeado una exclusiva con Zak, su hermano, por el procedimiento de enamorarse de él. Y por si eso fuera poco, también había perdido a su

único amigo en Inglaterra, Perry.

Decididamente, la vida podía ser muy complicada.

–Tyler, no tienes motivos para huir de mí.

Ella suspiró.

–Por supuesto que los tengo. ¿Por qué tenías que investigarme? ¿Por qué no podías dejar las cosas como estaban? –preguntó con la voz quebrada.

Zak la miró con desconfianza.

–¿Se puede saber qué te ocurre? ¿De quién estás huyendo en realidad?

Tyler no se lo podía decir. No sin perder el poco respeto profesional que Zak le tuviera.

–Hoy, de ti. Pero mañana, podría ser de otra persona.

Zak sacudió la cabeza.

–No te creo. Tú no eres de la clase de personas que huyen de algo… Puede que huyas hacia algo, pero no de algo –declaró.

A Tyler le pareció de lo más irónico. Las palabras de Zak no estaban muy lejos de las que se había dicho a sí misma cuando se marchó de Nueva York. Sin embargo, cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado.

Además, siempre había sabido que no necesitaba marcharse de Nueva York para probar nada. Si quería ser independiente, allí también podía alquilarse un piso y vivir sola. Desde luego, Rufus se habría encargado de que no consiguiera un empleo en ningún medio de comunicación del país; pero podría haber conseguido otro de cualquier cosa.

Fuera como fuera, ya no tenía importancia. Su situación era tan desesperada que empezaba a perder la confianza en sí misma.

–Zak, tú no me conoces. Puede que creas que me conoces, sobre todo después de hablar con tu amigo de Los Ángeles; pero no me conoces de verdad.

Tyler pensó que necesitaba marcharse a algún lugar remoto. A un sitio donde pudiera pensar con claridad y preguntarse qué estaba haciendo con su vida.

–¿Es posible que no lo comprendas, Tyler?

–¿A qué te refieres?

–¡A que hago todo esto porque quiero conocerte!

Ella sonrió con tristeza.

–Pues si llegas a conocerme, llámame por teléfono y cuéntame lo que sepas. Porque yo ya no sé si me conozco.

–¿Por qué dices eso, Tyler? ¿Es por la llamada de mi amigo?

Tyler suspiró.

–No, en realidad, no. Sin embargo, soy sincera al decir que deberíamos olvidar lo de la entrevista –respondió–. En cuanto a lo demás, haré lo que pueda para detener la invasión de tu privacidad que estás sufriendo estos días.

Zak frunció el ceño.

–¿Sabes quién es el responsable?

–Sí, creo que sí. Pero no te preocupes, me encargaré de todo.

–¿Que tú te encargarás de todo? –repitió él con frustración–. Tyler, dame el nombre de esa persona y deja que lo arregle yo.

Tyler lo miró a los ojos sin pestañear. No quería mencionar a Jane Morrow. Si le daba su nombre, si le hablaba de la mujer que había puesto en peligro la relación de Nik y Jinx, seguramente pensaría que estaba conchabada con ella.

–No –Tyler sacudió la cabeza y se giró para que no viera que se le habían llenado los ojos de lágrimas–. Y ahora, si me disculpas, será mejor que me marche.

–¿Así? ¿Sin más?

–En efecto.

Zak la agarró de un brazo.

–¿Qué demonios está pasando aquí, Tyler? Hace tres días, habrías hecho cualquier cosa por conseguir una exclusiva conmigo… ¿y ahora estás dispuesta a renunciar? Lo siento, pero no entiendo nada.

Tyler pensó que tenía razón. Aunque no quisiera reconocerlo, el lunes anterior habría hecho cualquier cosa por conseguir aquella exclusiva. Estaba hambrienta; deseosa de probarse a sí misma y de conseguir una buena historia.

Pero ya no sabía lo que quería. Solo sabía que no quería hacer daño a Zak ni que ninguna otra persona se lo hiciera.

Se encogió de hombros y dijo:

–Las cosas no han salido como yo esperaba.

–¿Y qué esperabas?

Si hubiera podido decir la verdad, habría contestado que esperaba que Zak Prince destrozara sus sueños de adolescencia y resultara ser un hombre arrogante, mimado y sin ningún interés. Sin embargo, era todo

lo contrario. Y en lugar de quitárselo de la cabeza, Tyler se había enamorado de él.

–Deja que lo adivine… –continuó Zak–. Como soy una estrella de cine, esperabas que yo tuviera más glamour. Pero no soy el protagonista de mis películas, Tyler; soy una persona normal y corriente.

Tyler sabía que Zak no era el actor de sus películas. Y eso era parte del problema. Porque si se hubiera concentrado en su trabajo y en el artículo que ella tenía que escribir, no se habría encontrado en esa situación.

Desgraciadamente, ya no tenía remedio. Si quería salvar la poca dignidad que le quedaba, tenía que marcharse de inmediato.

–Me temo que el glamour es lo único que interesa a los lectores de *The Daily Informer*. Es lo que quieren encontrar en el periódico cuando lo leen mientras desayunan… pero tú no estás a la altura de lo que se espera de ti.

–Pues tú tampoco lo estás –replicó él–. Y no me refiero al hecho de que resultaras ser una mujer en lugar de un hombre.

Ella se encogió de hombros.

–Bueno, veo que los dos hemos sufrido una decepción.

Él asintió.

–Sí, eso parece.

Tyler tragó saliva. Había conseguido lo que quería. Había enfadado a Zak. Pero no sabía que le iba a doler tanto a ella.

–Entonces, será mejor que me vaya.

–Será mejor.

Zak le dio la espalda y ella se le quedó mirando un momento.

Era consciente de que acababa de estropear su exclusiva con Zak y, sobre todo, de que acababa de perder su empleo como periodista.

Cuando salió de la suite, no sabía adónde ir ni qué hacer.

–¿Por qué tienes esa cara tan triste, Zak?

Zak apartó la vista de su taza de café y se giró hacia Rik, que acababa de entrar en la cocina de Stazy.

–¿Ya has vuelto de Francia? –preguntó con desgana.

–Yo también me alegro mucho de verte a ti –se burló su hermano–. Sí, por si te interesa, volví hace un par de horas. Pero dudo que te interese de verdad.

Rik se acercó a la mesa y se sentó enfrente de su hermano.

–Stazy no me ha dicho que volvías hoy –afirmó Zak, frunciendo el ceño–. Pero claro que me alegro de verte.

Zak se había marchado de la suite del hotel cuando Tyler se fue. De repente, la suite le parecía tan opresiva y pequeña que no la soportaba. Y como no sabía adónde ir, decidió pasar a visitar a Stazy, que en ese momento estaba cuidando de su hijo, Sam.

–¿Qué tal en París?

Rik sonrió.

–Bien. La ciudad estaba tan bonita como siempre. Me he quedado algo más de la cuenta porque estaba inspirado con el guion que estoy escribiendo.

Zak sabía que Rik siempre trabajaba bien en París; de hecho, se marchaba a la capital francesa cada vez que tenía que escribir algo.

–¿Y por qué has vuelto?

Mientras hablaba, Zak se preguntó dónde se habría metido Tyler y si estaría pensando en él; pero supuso que ya lo habría olvidado y que se habría puesto a seguir la pista de algún otro famoso. De alguien más dispuesto a colaborar.

Súbitamente, su vida de soltero le parecía vacía y carente de significado. Ni siquiera sentía entusiasmo ante el rodaje de su nueva película, que empezaba la semana siguiente.

–Me parece increíble que lo preguntes…

–¿Por qué?

–He vuelto por el estreno de *Gunslinger*. ¿Por qué si no? Es este sábado, Zak. Y por si ya no te acuerdas, yo fui el guionista de la película.

–Sí, claro, claro…

Zak lo había olvidado por completo, aunque no le sorprendió. Tyler ocupaba su mente de un modo tan absoluto que solo podía pensar en su cara, en su forma de hablar y en lo mucho que la quería.

–¿Qué te pasa, Zak?

Su hermano se puso tenso.

–¿Por qué crees que me pasa algo?

–Oh, vamos… Soy tu hermano y te conozco. Normalmente estás lleno de energía, pero hoy pareces otra persona.

–No es para tanto.

–¿Se trata de la mujer misteriosa?

Zak no contestó.

–Sí, por supuesto que sí… se trata de ella, ¿verdad? ¿Quién es? ¿La conozco? ¿Me la vas a presentar?

–Olvídalo, Rik –gruñó Zak.

–¿Qué tiene que olvidar?

Los dos hombres se giraron hacia Stazy, que ya había terminado de bañar a su hijo y de meterlo en la cuna.

–Le estaba preguntando por la mujer misteriosa –explicó Rik.

Stazy frunció el ceño.

–¿Por Tyler? ¿Qué pasa con ella?

Zak tuvo la sensación de que su hermana estaba incómoda de repente. Durante un par de segundos, pensó que se lo había imaginado; pero cuando la miró a los ojos, ella apartó la mirada con inseguridad.

–Creo que Zak se ha enamorado –contestó Rik.

–¿Enamorado? ¿De Tyler? –Stazy miró a Zak con preocupación–. Anoche pensé que os llevabais bastante bien, pero ella me aseguró que entre vosotros no había…

–¿Qué?

–Zak… no deberías mantener una relación con Tyler –respondió su hermana–. No es lo que parece.

Zak entrecerró los ojos. Era evidente que Stazy sabía algo importante sobre Tyler. Y si lo sabía, necesitaba saberlo.

–Explícate, Stazy.

–Yo…

–Estoy esperando –insistió Zak, implacable.

–Es que le prometí a Tyler que no te diría nada. Bueno… le prometí que no te lo diría si no corrías el peligro de salir malparado.

Zak se levantó de la mesa y miró a su hermana con asombro.

–¿Cómo es posible que me hayas ocultado algo importante? ¡Soy tu hermano, Stazy! ¡Me conoces desde hace veintidós años y ahora me dices que, a pesar de eso, decidiste confiar en una desconocida antes que en mí!

Rik y Stazy se quedaron perplejos. Zak nunca levantaba la voz; no había gritado en toda su vida.

Pero eso acababa de cambiar.

–No fue así, Zak, no fue así… –repitió Stazy con vehemencia–. Tú me dijiste que… Ella me dijo que…

–¿Quieres decirlo de una vez?

–¿Rik tiene razón? ¿Estás enamorado de Tyler?

Él apretó los dientes.

–¿Y qué si lo estoy?

–¡Oh, no, Zak… ! –declaró Stazy, cuyos ojos se habían llenado de lágrimas–. Reconocí a Tyler en cuanto la vi. Y ni siquiera lo negó cuando la llevé al cuarto de baño de arriba.

–Eh, no llores, Stazy… –dijo Rik, que se levantó para abrazar a su hermana.

Zak suspiró.

–No te preocupes, hermana; no ha sido culpa tuya. No he sabido que estaba enamorado de ella hasta esta misma mañana –le confesó–. Pero si te he entendido bien, ¿me estás diciendo que Tyler no es Tyler?

Zak no entendía nada de nada. ¿Cómo era posible que Tyler no fuera Tyler? Y si no era Tyler, ¿quién demonios era?

Capítulo 13

EL OTRO día, cuando nos encontramos en la calle, me acerqué a ti porque te quería dar las gracias.

Tyler miró a Jane Morrow con sorpresa. Fiel a la promesa que le había hecho a Zak, había localizado a Morrow a través de la agencia literaria para la que trabajaba y se había citado con ella en una cafetería para poder hablar tranquilamente.

Pero no esperaba que la otra mujer se mostrara tan amable nada más llegar. Ni que le diera las gracias.

–¿Las gracias? ¿Por qué?

–Porque si no fuera por ti, nunca habría conseguido mi empleo actual.

–No te entiendo…

–Tú fuiste la causa de que me despidieran de la editorial donde trabajaba. Por ti, me convertí en agente literario. Y he descubierto que me encanta.

Tyler frunció el ceño.

–Entonces, ¿no estás enfadada? ¿No te quieres vengar?

Jane Morrow rompió a reír.

–¡Por supuesto que no! Debo reconocer que te odié y que odié a los Prince durante una temporada, pero ya no siento el menor rencor. Nunca me habría atrevido a ser agente literario si las circunstancias no me hubieran empujado a ello.

–Ah…

Tyler no salía de su asombro.

–Además, en la agencia donde trabajo he conocido a un hombre que… bueno, me ha cambiado la vida –le confesó con rubor–. Por eso me acerqué a ti el martes por la noche. Para darte las gracias.

Tyler se sintió aliviada y preocupada a la vez. Aliviada al saber que Jane Morrow no era la persona responsable de los rumores, la que había puesto a David Miller sobre su pista y la que había organizado lo de las fotografías; preocupada, porque ahora no tenía la menor idea de quién podía ser el culpable.

Intentó consolarse pensando que quizás ahora, cuando ya se había alejado de Zak, la prensa dejaría en paz a su familia.

Zak.

El simple hecho de pensar en él bastó para que se le acelerara el corazón.

El simple hecho de pensar en él bastó para que se arrepintiera de haber renunciado a la posibilidad de tener una aventura amorosa.

Solo habían transcurrido un par de horas desde que lo dejó en la suite del hotel, pero ya había estado a punto de volver dos veces para pedirle disculpas por haber sido tan grosera y para confesarle que estaba dispuesta a mantener cualquier tipo de relación con él, aunque fuera temporal.

Pero no se atrevía.

No después de todo lo que le había dicho.

Y en cuanto a la posibilidad de retomar la entrevista, ya no le importaba. En algún momento de su discusión matinal con Zak, se había dado cuenta de que no tenía el carácter necesario para trabajar en la prensa del corazón. No quería hurgar en los secretos y en los escándalos de otras personas. No quería zambullirse en su vida privada para hacerla pública después. Sencillamente, no iba con ella.

Lo había descubierto gracias a Zak. Había intentado ser poco menos que una paparazzi y ahora lo encontraba despreciable.

Ni siquiera entendía por qué había tardado tanto en darse cuenta. Tyler Harwood también era famosa y también estaba sometida a los caprichos de la prensa, aunque la influencia de Rufus había impedido que publicaran cosas escandalosas sobre ella.

En cualquier caso, había tomado una decisión.

Aún no sabía si volvería a los Estados Unidos o se quedaría a vivir en Inglaterra. Pero sabía que sus días como reportera de *The Daily Informer* habían terminado.

Una hora más tarde, cuando Zak entró en la redacción del periódico, descubrió que Tyler estaba recogiendo sus pertenencias.

Caminó hacia ella y saludó a un par de periodistas que lo habían reconocido. Tyler lo vio unos segundos después y se preguntó qué estaría haciendo allí. Se había convencido de que no volvería a verlo nunca, salvo en alguna de las películas que protagonizaba.

Jamás se habría imaginado que quería hablar con ella. Supuso que se dirigía al despacho de Bill Graham.

Y se equivocó.

–Así que tu nombre real es Tyler Harwood.

Zak se detuvo junto a su mesa. Tyler sintió que se le doblaban las piernas y pensó que Stazy se lo había dicho.

–No sé a qué has estado jugando conmigo, pero…

–¿Jugando contigo? ¿Es que Stazy no te ha contado… ?

–Mi hermana, que ha resultado ser más inocente de lo que yo creía –la interrumpió–, tiene la opinión de que debes ser tú quien me lo cuente.

Tyler supo que Zak estaba enfadado. Y supo que tenía motivos para estarlo. Pero con ella, no con Stazy.

–No es culpa suya, Zak. Le pedí que lo guardara en secreto y ella me lo concedió con la condición de que no te hiciera ningún daño.

–¿Que no me hicieras daño? ¿Y cómo llamas tú a los rumores sobre mi familia y a las malditas fotografías en las portadas de los periódicos? –ironizó él.

A Tyler le pareció increíble que Zak la creyera responsable de los rumores y de las fotografías; pero no sabía qué decir para convencerlo de lo contrario.

Jane Morrow se había quedado fuera de la ecuación y Tyler no tenía más sospechosos. Por otra parte, se había metido en una trampa; mentir a Zak sobre su identidad no era precisamente la mejor forma de ganarse su confianza. Ahora no podría convencerlo de que había sido sincera en lo demás.

Y por si eso fuera poco, estaba muy disgustado.

–No me extraña que te pusieras nerviosa esta mañana, cuando recibí la llamada de Max desde Los Ángeles. ¿Pensaste que te había descubierto?

Ella sacudió la cabeza.

–No; francamente, no. Los Ángeles no es un lugar que yo visite a

menudo.

–¿Por qué no? ¿Es que no es una ciudad suficientemente glamurosa para los ricos y famosos de Nueva York?

La conversación había subido tanto de tono que estaba llamando la atención de varios periodistas. De hecho, hasta el propio Bill Graham sintió curiosidad y se acercó a la puerta del despacho para decir:

–¿Dos visitas en una semana, Zak? Ten cuidado o empezaré a pensar que tienes afecto a mis reporteros.

Zak se giró hacia él y le lanzó una mirada glacial.

–¡En tu periódico no hay ni una sola persona digna de mi atención!

Todo el mundo se quedó helado. El ambiente se volvió súbitamente hostil y Tyler se sintió más culpable que nunca. Sabía que Zak no pretendía insultar a sus compañeros de la redacción. Quería insultarla a ella, pero los había insultado a todos.

–¿Por qué no pasas a mi despacho y hablamos en privado? –preguntó Bill.

La voz del director del periódico sonó tranquila y agradable, pero los que lo conocían bien se dieron cuenta de que tenía un fondo acerado. Y Tyler, que se encontraba entre ellos, se estremeció.

–Tyler también puede pasar –añadió Bill–. Si le interesa, por supuesto.

Zak avanzó hacia el despacho del director. Tyler, en cambio, sacudió la cabeza y desestimó la invitación.

–Si no te importa, prefiero quedarme aquí. Todavía tengo muchas cosas que hacer… hablad vosotros.

Tyler había decidido marcharse. Estaba harta de aquella situación. Sobre todo ahora, después de que el actor la hubiera insultado delante de todos sus compañeros del periódico, que la miraban con perplejidad.

Pero no le extrañó que la miraran de ese modo. A fin de cuentas, conocían la razón por la que Zak Prince se había mostrado tan grosero.

Tenía que irse.

Y cuanto antes se fuera, mejor.

Zak entró en el despacho. Bill cerró la puerta y se sentó en su sillón, detrás de la mesa.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –preguntó Bill.

En lugar de responder, Zak empezó a caminar de un lado a otro. La conversación con Tyler había sido tan tensa que se sentía como un tigre

enjaulado y ardía en deseos de morder a alguien.

Además, no sabía qué estaba haciendo. Solo sabía que, después de hablar con Stazy, había sentido la necesidad de decirle a Tyler que su juego había terminado.

Tyler Harwood.

La prensa la llamaba todo tipo de cosas, desde niña mimada a princesa de la alta sociedad neoyorquina.

Sacudió la cabeza y pensó que tendría que haberlo adivinado. Siempre había sabido que Tyler Wood no era una reportera como las demás; era diferente, aunque no pudiera sospechar en qué consistía esa diferencia.

Todo en ella, desde su amistad con Gerald Knight hasta sus vestidos de Vera Wang, indicaba que le estaba mintiendo. Sin embargo, tampoco habría podido decir si estaba tan enfadado con ella porque le había mentido o, quizás, porque le había ocultado una parte fundamental de su vida.

–Le has hecho pasar un mal rato a Tyler –afirmó Bill.

Zak gruñó.

–¿Un mal rato? Si pudiera, la zarandearía hasta que le temblaran los dientes.

Bill lo miró con humor.

–Bueno, creo que no será necesario que llegues a la violencia física –ironizó–. La has dejado sin habla.

–¿Y qué querías que hiciera? Se ha burlado de mí… y por cierto, también se ha burlado de ti. ¿Sabes quién es de verdad?

–Por supuesto que lo sé.

–¿Cómo?

–Lo he sabido siempre, Zak.

Zak parpadeó, confundido. Bill suspiró y dijo:

–Anda, siéntate un momento.

–Prefiero quedarme de pie.

–Siéntate. Por favor.

Zak se sentó al otro lado de la mesa.

–Así está mejor –continuó Bill–. Y ahora, permíteme que sea claro contigo. ¿Crees que habría contratado a Tyler si no hubiera conocido su verdadera identidad? Tyler no tenía experiencia cuando pidió ese empleo.

–Entonces, ¿por qué se lo diste?

Bill se encogió de hombros.

–Por hacerle un favor a un viejo amigo. Pero ¿sabes una cosa? Me sorprendió. Es una gran profesional, con mucho talento. Aunque personalmente no creo que un tabloide sea el medio más adecuado para ella.

–Si tú lo dices…

Bill frunció el ceño.

–Hace treinta años, cuando en este periódico nos dedicábamos a las noticias de verdad y no publicábamos basura sobre quién se acuesta con quién, Tyler habría sido una de nuestras periodistas estrella. Por decirlo claro, escribe demasiado bien como para malgastar su energía en un periódico como este. Además, tiene un grave defecto para la prensa del corazón…

–¿Cuál?

–Que tiene conciencia.

Zak no quería escuchar lo que Bill le estaba diciendo.

No quería saber que era una gran periodista ni que tenía conciencia. Seguía demasiado enfadado con ella.

–Antes has dicho que la contrataste por hacerle un favor a un amigo.

–Sí, así es. Su padre, Rufus Harwood es un viejo amigo mío. Le debo más de una. Y cuando me llamó para contarme que Tyler estaba en Londres y que buscaba trabajo, me sentí obligado a contratarla.

Zak reconoció el nombre de inmediato. Rufus Harwood era uno de los hombres más importantes del periodismo estadounidense. Tenía varios periódicos, varias emisoras de radio y una cadena de televisión.

–No lo entiendo –dijo Zak, que sacudió la cabeza–. ¿Cómo podía saber su padre que, entre todos los periódicos de Inglaterra, Tyler se dirigiría precisamente al tuyo?

–No lo sabía.

–¿Entonces?

–Rufus era consciente de que no conseguiría un empleo en otro periódico porque no tenía la experiencia necesaria. Ni yo mismo la habría contratado en otras circunstancias –respondió el director–. Era evidente que más tarde o más temprano, cuando viera que la rechazaban en todas partes, terminaría por llamar a mi puerta.

Zak empezaba a entender la situación.

Rufus Harwood era el padre de Tyler. Un hombre inmensamente

poderoso, que tenía fama de ser extremadamente duro. Y debía de ser cierto, porque no se le ocurrían más motivos para que Tyler decidiera dejar su hogar, marcharse de su país, cambiarse el apellido y convertirse en otra persona.

Ya no le extrañaba que hubiera mentido a todos. Incluido él mismo.

–Es una joven encantadora, Zak. Y también obstinada… se enfadó mucho cuando supo que Rufus le había organizado un matrimonio de conveniencia.

Zak lo miró con perplejidad.

–¿Un matrimonio de conveniencia?

–Sí, con Richard Aston Wilson. Sobra decir que Tyler se opuso con todas sus fuerzas y que Rufus se llevó uno de los mayores disgustos de su vida.

Zak también reconoció aquel nombre. Los Aston Wilson eran una de las familias más poderosas de Nueva York. Y Tyler se había negado a casarse con el hijo único y heredero absoluto de aquella familia.

–Parece increíble, ¿verdad? –siguió hablando Bill–. Hay que reconocer que Tyler tiene carácter. Es una pena que vaya a dejar el periódico. La echaré de menos.

–¿Lo va a dejar?

Bill asintió.

–Precisamente estaba guardando sus cosas cuando tú llegaste.

Zak se levantó, se acercó a la puerta de cristal y escudriñó la redacción del periódico, pero no vio a Tyler.

Solo vio que su mesa estaba completamente vacía.

–Aunque debo añadir que cometió un error garrafal con tu hermano Nik y con su novia, que ya se ha convertido en su esposa.

Zak miró a Bill con cara de pocos amigos.

–Y ha cometido otro error contigo, al renunciar a la historia que pensaba escribir.

–¿Por eso se va? ¿Porque la has despedido?

–No, yo no la he despedido. Aunque ella creía que la iba a despedir.

–Explícate…

–La amenacé con dejarla sin empleo si no conseguía una exclusiva verdaderamente escandalosa sobre ti, Zak. Pero no tenía intención de despedirla.

–No, claro. No la habrías despedido porque le debes una a Rufus –dijo Zak, comprendiendo por fin la situación.

–En realidad, la presioné por hacerle un favor. Quería hacerle ver que la prensa del corazón no es lo suyo.

Zak suspiró.

–Y dime… ¿Tyler sabe que solo la contrataste por tu amistad con su padre?

–No lo sabía, pero se lo he dicho hoy.

Zak frunció el ceño.

–¿Seguro que no lo sabía?

Bill arqueó una ceja.

–¿Tú qué crees?

–Yo creo que… ¡Creo que, si lo hubiera sabido, te habría mandado al infierno el primer día! –estalló Zak.

Bill sonrió con satisfacción.

–¿Lo ves? Tú también te has dado cuenta de que es una chica maravillosa. Y si es así, ¿por qué te estás portando tan mal con ella?

Zak abrió la boca para replicar al director del periódico, pero la cerró inmediatamente.

Bill tenía razón.

Se estaba portando mal con ella y, además, se estaba engañando a sí mismo. A decir verdad, no se había enfadado con Tyler porque hubiera mentido sobre su verdadera identidad, sino porque se había enamorado de ella y no le correspondía.

–Yo no la he despedido, Zak –insistió Bill con calma–. Ella ha presentado su dimisión con efecto inmediato porque renunció a publicar aquella historia sobre Nik y Jinx y porque se ha negado a escribir algo escandaloso sobre ti a pesar de mi amenaza de despedirla. Ya te lo he dicho. Esa chica tiene conciencia.

Zak volvió a fruncir el ceño.

–Entonces, ¿no va a escribir nada?

–No. Nada de nada.

Zak se había quedado completamente confundido.

Era obvio que Tyler siempre había soñado con ser periodista; de lo contrario, no habría renunciado a una vida de fama y dinero para convertirse en reportera de un periódico de mala reputación y ganar un sueldo tan escaso que apenas le daba para alquilar un piso de mala muerte, viajar en transporte público y comer lo necesario.

Pero a pesar de ello, había presentado la dimisión.

A pesar de ello, había desperdiciado una exclusiva sobre Nik y Jinx

y otra sobre él mismo y había hecho las maletas.

Solo había una explicación lógica; una explicación que lo cambiaba todo.

Contrariamente a lo que se había imaginado, Tyler sentía algo por él.

–Puede que no haya despedido a Tyler, Zak… pero esta mañana me han dado motivos para despedir a otra persona.

Zak supo a quién se refería.

–¿Perry Morgan?

Bill sonrió sin humor alguno.

–En efecto, Perry Morgan. Si alguien me pregunta, diré que ha presentado su dimisión; pero eso no es lo que ha pasado de verdad. No puedo permitir que uno de mis periodistas se dedique a vender historias y fotografías a la competencia.

Zak lo miró con interés.

–¿Quieres decir que Morgan fue el responsable de los rumores sobre la mujer misteriosa con la que yo estaba saliendo?

–Exactamente.

–Pero ¿por qué querría hacerle eso a Tyler? Creía que eran amigos.

–Morgan no iba contra ella, sino contra ti. Se enamoró de Tyler y no le correspondía. Si le hubiera correspondido, no habría pasado nada.

–No lo entiendo.

Bill soltó un suspiro.

–Morgan comentó algo sobre una fotografía que os había sacado a Tyler y a ti sin querer; dijo que tú te habías enfadado mucho y que Tyler se había enfadado con él por el mismo motivo. Supongo que se dio cuenta de que tú le importabas y que decidió causar fricciones entre vosotros para impedir que vuestra amistad, por así decirlo, llegara más lejos… ¿Se salió con la suya? ¿Consiguió lo que quería?

Zak pensó que había sido injusto con Tyler. La había acusado de ser responsable de cosas en las que no tenía nada que ver.

–Hasta cierto punto –contestó.

Se levantó del sillón y caminó hacia la puerta.

–No te voy a preguntar adónde vas porque ya me lo imagino –declaró Bill con sarcasmo–. Dile a Tyler que escriba un libro.

Zak lo miró con confusión.

–¿Qué?

–Que le digas que escriba un libro. Quizás, una biografía… su

trabajo de investigación es excelente y su estilo al escribir, aún mejor. Ahora que lo pienso, recomiéndale que escriba la biografía de Rufus –Bill sonrió con malicia–. ¡A él le encantaría!

Zak sacudió la cabeza y dio un par de pasos más. Entonces se detuvo, se giró hacia Bill y dijo, con irritación:

–No tengo la dirección de Tyler.

Bill estalló en carcajadas.

Y Zak pensó que se lo merecía.

Capítulo 14

TYLER miró la puerta de su apartamento con aprensión cuando volvieron a llamar por segunda vez.

Cabía la posibilidad de que fuera Zak y de que pretendiera insultarla un poco más de lo que ya la había insultado en la redacción del periódico. Pero Tyler no tenía fuerzas para soportar otra discusión con él; la anterior la había dejado tan deprimida que estaba al borde de un ataque de nervios.

Había tenido un día de espanto. Cuando por fin llegó al apartamento, solo pudo hacer una llamada telefónica y un intento fracasado de hacer el equipaje.

Se había quedado sin energía.

–¿Tyler? ¿Estás ahí?

Era la voz de Perry.

–Si estás ahí, abre de una vez. Necesito hablar contigo.

Tyler se sintió aliviada y decepcionada al mismo tiempo, pero no sorprendida. Zak ya le había dicho todo lo que le tenía que decir. No había ningún motivo para que se presentara en su apartamento.

Por fin, caminó hasta la puerta y abrió.

–¿Se puede saber qué pasa? –preguntó Perry al entrar–. No me has llamado para comer… y Kelly, la del periódico, me ha dicho que te han despedido.

Ella sacudió la cabeza.

–No me han despedido, he presentado la dimisión.

Perry se quedó perplejo.

–¿La dimisión? ¿Te vas?

–Sí.

–¿Adónde?

Tyler sonrió con debilidad.

–A casa.

–¿Pensabas marcharte sin decirme nada?

Ella suspiró.

–Por supuesto que no –mintió.

A decir verdad, Tyler no se había acordado de Perry ni de que había quedado en llamarle por teléfono. Y tampoco se habría acordado de despedirse de él si se hubiera marchado antes del piso.

–De todas formas, no me voy a ir ahora mismo…

–Pero ¿por qué te quieres ir? Es una locura –afirmó Perry–. He renunciado a mi empleo por ti, Tyler; yo también he presentado la dimisión.

–Oh, no…

Tyler gimió; ella no tenía la culpa de lo sucedido, pero pensó que Perry no habría perdido su empleo si ella no se hubiera cruzado en su vida. No tenía manera de saber que su amigo estaba mintiendo.

–Bueno, no es tan importante –dijo él, encogiéndose de hombros–. No quería seguir en ese periódico si tú no estabas allí.

La confesión de Perry la hundió un poco más, porque confirmaba su responsabilidad en la situación.

–No tienes que irte a ninguna parte –continuó su amigo–. Podemos seguir trabajando juntos, por nuestra cuenta… de hecho, hasta podría ser la oportunidad que hemos estado esperando.

Tyler sacudió la cabeza.

–No, Perry.

–¿No? –preguntó, extrañado.

–No he sido completamente sincera contigo. No soy quien crees que soy. Ni siquiera me apellido Wood…

Perry la dejó hablar.

–Mi padre es Rufus Harwood.

–¿Y crees que no lo sabía? –dijo él con un gesto de desdén.

Esa vez fue ella quien se quedó atónita.

–¿Lo sabías?

–Claro que sí; no soy completamente estúpido –contestó Perry–. Tardé un poco en reconocerte… pero al final me acordé.

–Perry, yo…

–Eso no cambia nada, Tyler. Si quieres, me puedo marchar a Estados Unidos contigo. Además, estoy seguro de que, cuando tu padre comprenda que estoy sinceramente enamorado de ti, dará su consentimiento a nuestra relación.

Tyler no lo pudo soportar más.

–¡Basta ya, Perry!

Las palabras de Perry solo habían servido para aumentar su confusión. Le parecía inquietante que conociera su identidad desde el principio y no hubiera dicho nada; tan inquietante como que insistiera en mantener una relación con ella cuando le había dejado bien claro que sus sentimientos no eran correspondidos.

–Tú no me puedes amar. Ni siquiera me conoces… Lo siento mucho, Perry, pero me voy a casa y me voy sola.

Perry la miró en silencio durante unos segundos, hasta que encontró las fuerzas necesarias para hablar.

–Sí, supongo que tienes razón; supongo que es lo mejor para los dos –dijo–. Así tendrás tiempo para explicar la situación a tu familia. Yo me reuniré contigo dentro de un par de días y podremos…

–¿Es que no me has escuchado? –lo interrumpió ella, molesta–. ¡No estoy enamorada de ti! ¡No lo estoy!

–Por supuesto que lo estás –la contradijo–. Es que han pasado tantas cosas que no puedes pensar con claridad… la culpa es de Zak Prince. Tú y yo nos llevábamos muy bien hasta que ese actor se interpuso entre nosotros.

–No, Perry, no es eso…

–Tyler…

–¿Cómo quieres que te diga que no te amo? Te aprecio mucho, Perry; te has portado muy bien conmigo, pero yo…

Ella no pudo decir nada más, porque Perry la abrazó de repente e intentó besarla.

Aquello fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Tyler. No estaba enamorada de él y no lo estaría nunca.

–¡No, Perry!

Tyler le dio un empujón en el pecho y se apartó.

–Es por él, ¿verdad? –dijo Perry en tono de acusación.

Ella tragó saliva.

–No sé lo que quieres decir, pero por el bien de nuestra amistad…

–¡Yo no quiero tu amistad! –exclamó él–. Sabes perfectamente que quiero tu amor.

Un momento después, llamaron a la puerta.

Tyler se sintió inmensamente aliviada por la interrupción. No sabía quién podía ser, pero se imaginó que sería el casero, algún vendedor o alguien que estaba haciendo encuestas.

En cualquier caso, había llamado en el momento más oportuno, porque Perry le empezaba a dar miedo. Se estaba comportando de un modo muy extraño; tan extraño que casi no lo reconocía.

Y después de haberle confesado que siempre había conocido su identidad, ese comportamiento resultaba especialmente sospechoso.

–¿Es él? –preguntó Perry cuando ella se dirigió a la puerta–. ¿Es Zak Prince, que llega a lomos de un caballo blanco para rescatar a su amada?

Tyler habría dado cualquier cosa a cambio de que Zak fuera la persona que había llamado. Pero pensó que no tendría tanta suerte.

Y sin embargo, la tuvo.

–¡Zak! Eres tú…

–Sí, soy yo.

Al ver a Perry, que estaba detrás de Tyler, Zak añadió:

–¿Llego en mal momento?

Su tono de voz fue irónico, pero Tyler se alegraba tanto de verlo que le faltó poco para reír de felicidad.

–No, no, en absoluto…

Tyler lo agarró del brazo y prácticamente lo arrastró al interior del apartamento.

Desconocía el motivo de su visita. Quizás había ido para redoblar las acusaciones y los insultos que le había dedicado en el periódico, pero eso carecía de importancia. Estaba allí y la ayudaría a librarse de su excompañero de trabajo.

–No eres bienvenido en esta casa, Prince –bramó Perry.

Tyler se estremeció al oír su tono. No solo había sido increíblemente agresivo hacia Zak, sino también hacia ella; al fin y al cabo, Perry no tenía ningún derecho a negar la entrada a nadie a su piso.

Sin embargo, Zak no se inmutó.

Se limitó a mirar a Tyler y a preguntar con calma:

–¿Eso es cierto? ¿Quieres que me vaya?

Ella respiró hondo.

–No, por supuesto que no… De hecho, es él quien estaba a punto de marcharse. ¿Verdad, Perry?

Perry arqueó una ceja.

–Yo no me voy a ninguna parte.

Perry se acercó a Tyler, le pasó un brazo alrededor de la cintura y añadió:

–Has llegado a tiempo de felicitarnos, Prince. Le he pedido a Tyler que se case conmigo y ella ha aceptado.

Tyler lo miró con horror.

No entendía nada de nada.

No podía creer que Perry, el hombre al que había considerado un amigo durante tiempo, se comportara de esa forma. Durante unos momentos, pensó que estaba bromeando; pero al mirarlo a los ojos, comprendió que hablaba en serio.

En cuanto a Zak, se sintió como si le acabaran de propinar un puñetazo en la boca del estómago. Tyler no se podía casar con aquel individuo. Si se casaba con alguien, sería con él.

En el corto espacio de cuatro días, su vida había cambiado tanto que estaba dispuesto a renunciar a su soltería y a casarse. Había llegado a la conclusión de que necesitaba a Tyler para ser feliz.

Y ahora, Tyler se iba a casar con otro.

Pero su desesperación desapareció al instante cuando la miró a los ojos y reconoció su expresión de incredulidad y espanto. No era precisamente la mirada de una mujer que se iba a casar con el hombre al que amaba.

–¿En serio? –preguntó Zak–. Vaya, ya sabía que Tyler era una gran persona, pero no sabía que tuviera tanta capacidad para perdonar…

–¿Qué quieres decir? –dijo ella, confundida.

Zak clavó la mirada en el otro hombre.

–¿Se lo dices tú? ¿O se lo digo yo?

Perry se ruborizó, pero abrazó a Tyler con más fuerza.

–No sé de qué estás hablando.

–Yo tampoco lo sé, Zak.

Zak se metió las manos en los bolsillos para resistirse a la tentación de pegarle un buen puñetazo a Perry Morgan.

–Tu amigo es el responsable de lo que se ha estado publicando en

la prensa y de aquella fotografía que apareció en portada.

Tyler miró a Perry con incredulidad y se apartó de él.

–¿Es que no te lo había dicho? –continuó el actor.

–¿Eso es cierto, Perry?

–Por supuesto que no –aseguró él–. Está mintiendo para que te enfades conmigo. ¡Seguro que él lo organizó todo! La gente como los Prince vive de la publicidad… son capaces de hacer cualquier cosa con tal de salir en la prensa.

Hasta ese momento, Zak se había contenido porque no estaba seguro de cómo reaccionaría Tyler si agredía a Perry Morgan; pero las palabras del periodista lo llevaron al borde de perder la paciencia.

–Es curioso que digas eso, Perry.

–¿Curioso?

–Sí, porque Bill Graham no dice lo mismo.

–¿Bill? –intervino Tyler, pálida–. ¿Qué ha dicho Bill de… ?

–No le hagas caso –la interrumpió Perry–. Bill Graham no perdería ni un minuto con este idiota. Y nunca le daría información sobre sus periodistas.

Tyler no tenía dudas sobre quién estaba mintiendo; pero si las hubiera tenido, se habrían disipado en ese instante. Bill había hecho bastante más que dedicar un minuto a Zak. Por lo que sabía, Zak y él habían hablado al menos dos veces.

–¿Tú qué piensas, Tyler? ¿Crees que Bill Graham ha hablado conmigo y que me ha dicho que ha despedido a Perry? ¿O crees que miento? –preguntó Zak.

Tyler tragó saliva.

–Creo que dices la verdad.

A continuación, se giró hacia Perry y añadió, con ira:

–Me parece increíble que hayas hecho esas cosas. ¡Y pensar que me has dicho que habías presentado la dimisión porque no querías trabajar en el periódico si yo no estaba allí… ! Será mejor que te marches.

–Pero si nos vamos a casar…

Tyler estalló. Estaba harta de él.

–¡Tú y yo no nos vamos a casar ni ahora ni nunca! No me casaría contigo en ninguna circunstancia.

No me casaría contigo aunque no hubieras hecho ninguna de esas cosas terribles… No estoy enamorada de ti.

Zak se sintió aliviado al oír sus palabras y miró a Tyler con

admiración.

Estaba preciosa cuando se enfadaba. Sus ojos marrones brillaban de un modo tan intenso que resultaba más atractiva que nunca. Y además, por si eso fuera poco, esa vez no se había enfadado con él.

–¡No, claro que no! –exclamó Perry–. ¡Tyler Harwood es demasiado importante para casarse con un vulgar fotógrafo!

Tyler le lanzó una mirada helada.

–Con un exfotógrafo, querrás decir…

–Eso habrá que verlo.

–No creas. Conozco a Bill y sé que se encargará de que no vuelvas a trabajar en ningún periódico importante. Tendrás suerte si consigues un empleo en alguna revista de mala muerte… Y en cuanto mí, ya te he dicho lo que pienso. ¡No me casaría contigo ni como Tyler Wood ni como Tyler Harwood!

Perry quiso decir algo, pero Tyler no había terminado de hablar.

–Además, tú no estás enamorado de mí; ni siquiera eres amigo mío. Te acercaste a mí porque sabías que soy hija de Rufus Harwood. Confiésalo de una vez.

Perry sonrió con malicia.

–Claro que lo confieso. ¿Crees que habría perdido tanto tiempo con una periodista sin contactos, sin experiencia y sin talento? –se burló.

Tyler lo miró con odio.

–¡Márchate de mi casa, Perry! ¡Márchate y no vuelvas nunca!

–Tyler, eres una verdadera…

–Será mejor que cierres la boca, Morgan –le amenazó Zak–. Porque si sigues hablando, te vas a llevar un disgusto.

Zak estaba deseando que Perry mostrara resistencia; así habría tenido la excusa que necesitaba para darle una lección. Pero Perry cerró la boca y se marchó del piso sin decir ni una sola palabra más.

Y él se sintió enormemente decepcionado.

Pegar a aquel tipo habría sido un placer.

–Gracias, Zak –susurró Tyler cuando cerró la puerta al fin–. Aún no puedo creer que Perry me haya engañado hasta ese punto… aunque debería habérmelo imaginado. A fin de cuentas, fue quien me presentó a David Miller hace unos meses. Me empeñé en creer en él; no quería aceptar que me había vendido.

Zak se mantuvo en silencio.

–Llegué a pensar que Jane Morrow era la responsable de todo. No te mencioné su nombre porque… en fin, supongo que ya te lo imaginas.

Zak se acordó en ese momento de Morrow. Sabía que conocía a la rubia que se había acercado a ellos poco después de que salieran del O'Malley, pero no recordaba de qué. Solo había coincidido una vez con ella; la había visto con Nik en un restaurante, poco antes de que su hermano conociera a Jinx.

–Sí, ya me lo imagino.

Tyler sacudió la cabeza.

–No entiendo a Perry. ¿Por qué hizo eso?

Zak se encogió de hombros. La respuesta era evidente. Como había mencionado Bill Graham, Perry solo intentaba estropear su relación con Tyler para quitárselo de en medio y que dejara de ser un problema para él.

–Supongo que estaba celoso porque pasabas mucho tiempo conmigo.

–¿Celoso? Solo era mi compañero de trabajo…

–No sé, puede que estuviera realmente enamorado de ti.

Ella sacudió la cabeza.

–No, en absoluto. Estaba enamorado del dinero y del prestigio de mi padre. Y si esa es su idea del amor, que se la quede.

Zak prefirió no hacer más comentarios al respecto. La forma de amar de Perry no tenía nada que ver con la suya. Él quería estar todo el tiempo con ella, día y noche; quería conocerla a fondo y compartirlo todo.

–¿Qué vas a hacer ahora, Tyler?

–¿Con qué?

–Con tu vida, claro. Has perdido tu empleo en el periódico…

Tyler tardó un poco en contestar.

–He llamado por teléfono a mi padre y he hecho las paces con él –le confesó–. Me vuelvo a casa.

–¿Antes de nuestra cita del sábado? ¿O después?

Tyler lo miró con sorpresa.

–¿Todavía quieres que te acompañe?

Él sonrió.

–¿Por qué no? Además, falta tan poco tiempo que ya no puedo encontrar a nadie que me acompañe…

Ella también sonrió.

–Bueno, al menos eres sincero. Y después de la traición de Perry, necesito toda la sinceridad que me puedan dar.

–Pero sigues sin contestar a mi pregunta.

–Sí, Zak, estaré encantada de acompañarte al estreno. Aunque tendrá que ser en calidad de Tyler Harwood, si no te importa.

A Zak no le importaba si se presentaba en calidad de Tyler Harwood o de Tyler Smith, siempre que lo acompañara.

–Trato hecho. Ah, pero antes de que me vaya…

–¿Sí?

–Bill Graham me pidió que te dijera algo.

Ella lo miró con incertidumbre.

–¿Bill?

Zak le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

–Dice que tu trabajo es demasiado bueno para la prensa del corazón y que, desde su punto de vista, deberías escribir un libro.

–¿Eso ha dicho?

Él asintió.

–Te recomienda que escribas una biografía. La de tu padre.

Tyler rompió a reír.

–¡Dios mío! ¡No quiero ni pensar lo que haría Rufus! ¡Probablemente, me desheredaría! –exclamó con humor.

–¿Desheredarte? ¿Por qué?

–Porque siempre ha dicho que las únicas biografías buenas son las que no se escriben. De hecho…

Tyler dejó de hablar, se quedó pensativa y añadió:

–No, no. Ahora que lo pienso, no es tan mala idea. Aunque conseguir el permiso de mi padre va a resultar difícil.

–Bueno, puedes intentarlo. Y si no está de acuerdo, escribe mi biografía para demostrarle lo buena periodista que eres.

Zak ni siquiera supo por qué había dicho eso; la idea de que alguien escribiera su biografía le resultaba tan apetecible como que le sacaran una muela sin anestesia. Aunque por otra parte, sería una excusa perfecta para que Tyler se viera obligada a estar con él.

Y no durante una semana, sino durante meses.

O incluso años.

–¿Tu biografía?

Zak se encogió de hombros.

–¿Por qué no?

–¿Me pides que escriba tu biografía después de todo lo que ha pasado por mi culpa? –le preguntó con asombro.

A decir verdad, Zak tenía intención de pedirle algo bastante más importante que una biografía; pero pensó que aquel no era el momento más oportuno.

–Lo que ha pasado no ha sido culpa tuya. Y para que tengas algo serio en lo que pensar, te diré una cosa. ¿Te acuerdas de la noche en que fuimos a cenar al O'Malley y me puse tan desagradable con el camarero?

–Sí, por supuesto.

–Reaccioné tan mal ante la desaparición del pato del menú del restaurante porque padezco dislexia.

–¿Cómo?

–Dislexia –repitió Zak–. Naturalmente, podría haber pedido cualquier otro plato de los que estaban en el menú, pero tengo dificultades para leer y te habrías dado cuenta enseguida. Por eso pedí un filete al final. Porque sabía que estaba en la carta y no necesitaba leerla.

Zak no le dio ocasión de hablar. Abrió la puerta del piso, salió al pasillo y cerró antes de que Tyler se recobrara de la sorpresa.

Le acababa de confesar su gran secreto.

Pero ya era hora de que empezaran a confiar el uno en el otro.

Capítulo 15

POR QUÉ me lo dijiste? –¿Decirte qué? –preguntó Zak con inocencia.

Tyler se encontraba junto a él en el asiento trasero de la limusina con la que había pasado a recogerla para llevarla al estreno de la película. Y estaba más guapo que nunca. Completamente relajado con su esmoquin negro.

Durante los dos días anteriores, ella no había dejado de preguntarse sobre sus motivos para confesarle que tenía dislexia. Sabía que no era un hecho de conocimiento público y sabía que era exactamente el tipo de información que podía servir para que recuperara su trabajo en *The Daily Informer*.

Pero no quería recuperar su trabajo.

Solo quería saber por qué se lo había confesado.

–Lo de tu secreto.

Él se encogió de hombros.

–Puedo confesarte otro secreto, si quieres. ¡Odio los estrenos! Actuar me resulta fácil, pero ser yo mismo y someterme a los focos me resulta muy difícil.

Tyler se preguntó por qué le estaba contando todo eso. Eran cosas demasiado íntimas.

Por supuesto, existía la posibilidad de que se las contara porque realmente quería que escribiera su biografía. Pero podía haber otro motivo.

Y tenía que salir de dudas.

–Bueno, yo odio el caviar.

–¿De verdad?

–Sí. Y ceceaba hasta los diez años… aunque afortunadamente lo superé con la ayuda de un logopeda –le confesó Tyler.

Zak asintió.

–Pues yo no soporto los pepinillos. Y no besé a ninguna chica hasta la secundaria.

–Bah, eso no es nada… lo mío es peor –dijo ella–. Me pusieron un aparato en los dientes para arreglarme la dentadura y las chicas del colegio me llamaban Boca de metal.

–Creo que puedo superar eso. Mi primera cita fue un desastre… vomité encima de la chica porque acababa de comerme unos calamares y los odio.

Tyler no sabía adónde los llevaba aquella conversación, pero decidió seguir adelante de todas formas.

–Mi primera cita también fue un desastre… ¡Mi madre insistió en venir conmigo! –exclamó–. Ah, y odio el sirope en las crepes.

–¿Que odias el sirope en las crepes? Dios mío, Tyler, ninguna estadounidense que se precie puede odiar el sirope en las crepes…

Ella se rio.

–Pues yo lo odio. Pero me encantan las fresas con nata.

–Y a mí me encanta desayunar pizza.

–Y a mí, desayunar chocolate.

–Y yo prefiero el cricket al baloncesto.

–Y yo el tenis a cualquier otro deporte.

–Y yo te amo.

–¿Qué?

–Que te amo.

Tyler se quedó asombrada. No estaba segura de haberlo oído bien, pero Zak le acababa de declarar su amor.

–Lo siento, no pretendía decírtelo así –continuó él, sacudiendo la cabeza–. Sé que no es ni el momento ni el lugar más oportuno. Pensaba demostrarte esta noche que estar conmigo no es tan terrible. Pretendía convencerte para que te quedaras en Inglaterra y escribieras mi biografía… y luego, al cabo de un par de semanas, decirte que…

Zak se detuvo un momento antes de seguir.

–Bueno, ya no importa. Es verdad, Tyler. Te amo. Pero no espero que tú sientas lo mismo por mí.

–Pues deberías, porque yo también te amo.

Zak le rodeó la cara con las manos a Tyler y la miró a los ojos con intensidad.

–¿Me amas? ¿En serio?

Tyler soltó una risita.

–¡Estoy enamorada de ti desde que tenía quince años!

Él la miró con horror.

–¿Desde los quince? Cuando yo tenía quince años, estaba enamorado de Elizabeth Taylor; pero te aseguro que no me volví a enamorar de ella cuando la conocí en persona.

–En cambio, yo me volví a enamorar de ti en ese mismo momento.

Zak arqueó una ceja.

–Oh, vamos, eso no puede ser verdad… fui arrogante y grosero contigo.

Tyler sacudió la cabeza.

–Pero me enamoré de todas formas. Y te sigo amando, Zak. Con toda mi alma.

–¿Tanto como para ser mi esposa?

Tyler tuvo la sensación de que su corazón se había detenido.

–No es necesario que nos casemos, Zak –acertó a decir–. Si tú no quieres…

Zak sonrió.

–¿Que no es necesario? Si no me caso contigo, tu padre me encerraría en una celda y tiraría la llave al fondo del mar. Aunque, pensándolo bien, dudo que se alegre mucho de tenerme como yerno.

Tyler sacudió la cabeza.

–En eso te equivocas.

–¿Ah, sí?

–Mi padre está loco por tener nietos. Le da igual con quién me case, siempre que tenga hijos… –afirmó.

Tyler sabía que había exagerado un poco; pero aquella semana había hablado un par de veces con sus padres y ahora estaba convencida de que ellos serían felices en cualquier caso si ella era feliz.

–Además, esto no tiene nada que ver con mi padre, Zak. Solo se trata de ti y de mí. De Zak Prince y de Tyler Harwood.

Zak asintió.

–Entonces, nos casaremos. Y de paso, solucionaremos tu problema de una vez por todas.

–¿Mi problema?

–Claro, ya no tendrás que elegir entre Tyler Wood y Tyler Harwood. Cuando estemos casados, serás Tyler Prince.

A Tyler le pareció maravilloso. Era como si todos sus sueños se hubieran hecho realidad.

Dos días antes, su desesperación era tan terrible que no se podía imaginar nada peor. Había perdido su trabajo y el sueño de convertirse en una gran periodista, pero eso le parecía insignificante ante la perspectiva de no volver a ver a Zak.

Y ahora, Zak le pedía el matrimonio.

Era mucho más de lo que jamás se habría atrevido a pedir.

Zak la amaba.

Se estuvieron abrazando durante unos minutos, hasta que la limusina se detuvo ante la entrada del cine donde se estrenaba la película. Varias docenas de mujeres se pusieron a gritar en cuanto vieron a Zak en el interior del coche.

Tyler quiso gritar con ellas, pero se limitó a sonreír con orgullo cuando él salió de la limusina, le pasó un brazo alrededor de la cintura y la llevó hacia la entrada del edificio entre los destellos de las cámaras.

–Me temo que tu cara va a aparecer mañana en las portadas de todos los periódicos –le advirtió él.

Tyler se encogió de hombros.

–¿A quién le importa?

Era verdad. No le importaba en absoluto. Habría sido la mujer más feliz del mundo si la hubieran fotografiado con él hasta el fin de sus días.

–Puede que a Richard Aston Wilson le importe…

Tyler se quedó sorprendida.

–¿También sabes lo de Richard?

Zak sonrió.

–Me lo dijo Bill. Él y tu padre son viejos amigos.

–Sí, ya me he enterado. Y yo que creía que había conseguido ese trabajo por mis propios méritos… –se quejó ella.

–Lo conseguiste por tus propios méritos, Tyler.

–¿Tú crees?

–Claro que sí. Bill hablaba en serio al decir que deberías escribir un libro. Te tiene en mucha estima profesional.

Tyler sonrió.

–¿Sabes que ya se lo he comentado a mi padre?

–¿En serio?

–Sí. Y ha dicho que lo pensará… que es su forma habitual de decir que está de acuerdo –respondió con humor–. En cuanto a Richard, yo no me preocuparía demasiado. No fui precisamente amable con él cuando me marché de Nueva York.

–Excelente –dijo Zak, satisfecho.

Ella volvió a reírse y señaló a las mujeres que gritaban su nombre.

–Parece que tienes todo un club de fans…

–A mí solo me interesan los clubs de fans con un solo miembro –susurró él con voz ronca–. Siempre que ese miembro seas tú.

–Y lo seré, Zak. Para siempre.

Tyler se puso de puntillas y le dio un beso en la boca.

–Para siempre –repitió él.

Justo entonces, oyeron la voz de un hombre alto y de cabello oscuro. De un hombre que Zak reconoció al instante.

Era su hermano Rik.

–¿Debo llegar a la conclusión de que estoy a punto de tener otra cuñada? Por la forma en que os miráis, cualquiera diría que sí…

Zak sonrió a Rik.

–En efecto.

–¡Magnífico!

Rik se inclinó y besó a Tyler en la mejilla.

–No sabes cuánto me alegro, Tyler… mi hermano ha estado insoportable durante los últimos días –continuó Rik en tono de confidencia–. Eres un hombre afortunado, Zak.

Zak le estrechó la mano y dijo:

–Lo sé. Pero te advierto que tú eres el siguiente..

Rik sacudió la cabeza.

–No, yo estoy feliz como estoy. Prefiero seguir soltero.

Rik se alejó para hablar con uno de los actores de la película y Tyler aprovechó la ocasión para preguntarle a Zak, en voz baja:

–¿Es cierto? ¿Es feliz así?

–Te lo diré más tarde –le prometió él.

Tyler no dudó que se lo diría. Sabía que, a partir de ese momento, se lo dirían todo.

No habría más secretos entre ellos. Nunca más.

Las cosas serían como tenían que ser.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.
Pincha **aquí** y descubre un nuevo romance.



www.harlequinibericaebooks.com